RAFAEL AZUAR

Teresa Ferrer y otros relatos

COLECCIÓN NARRATIVA

RAFAEL AZUAR

Nace en Elche, el 14 de enero de 1921. Vive en Alicante.

De la amplia bibliografía del autor —más de veinte volúmenes— podemos entresacar las siguientes obras: POEMAS. Tarragona. 1950; LA LUCHA ELEMENTAL. Alicante, 1955. PALABRAS Y FRASES. Aitana. Valencia, 1959. LOS ZARZALES. Valencia. 1959. LLANURAS DEL JÚCAR. Madrid. Ed. Nacional. 1965. EL DIÁLOGO DE LA NOVELA. Madrid. "La Estafeta Literaria" n.º 349, 350 y 351. MODORRA. Premio Café Gijón. Madrid, 1967. EL DIÁLOGO Y LOS PERSONAJES EN LA NOVELA. Alicante, 1970. LAS RAÍCES Y OTROS CUENTOS. Alicante, 1971. DIARIO INCOMPLETO. Alicante, 1972. PRIMERA ANTOLOGÍA. Alicante, 1982. DIARIO FRENTE AL MAR. Alicante, 1985. TEORÍA DEL PERSONAJE LITERARIO. Instituto "Gil-Albert". Alicante. 1987.

El crítico Iglesias Laguna dijo de Rafael Azuar que era uno de los escritores más finos de Levante, "contando con cuantos nombres ilustres se quieran traer a colación". La novela TERESA FERRER, dentro del contexto que Ricardo Gullón llama *novela lírica,* quedó finalista en el concurso convocado por la Novela del Sábado (Madrid, 1954), empatada a votos con una obra de Ignacio Aldecoa, a cuya generación debe adscribirse el autor. Se publica en esta ocasión la novela en versión definitiva, con inclusión de capítulos inéditos. A propósito de ella, nos dice el profesor Javier Carro:

"Teresa Ferrer" es una novela de muy poemática factura, escrita en un hermoso castellano. La acción transcurre en un ambiente rural y narra un amor desgraciado que el autor resuelve de manera romántica.

Teresa Ferrer y otros relatos

COLECCIÓN NARRATIVA
DIRECTOR: JAVIER CARRO

LA MAQUETA DE LA COLECCIÓN
Y EL DISEÑO DE LA PORTADA: SUSANA RUEDA

© RAFAEL AZUAR
© INSTITUTO DE CULTURA JUAN GIL ALBERT
DIPUTACIÓN DE ALICANTE

Impreso en Gráficas Vidal Leuka, S. A. Alicante
I.S.B.N.: 84 - 7784 - 952 - 8
Depósito Legal: A - 443 - 1990

RAFAEL AZUAR

Teresa Ferrer y otros relatos

DIPUTACIÓN DE ALICANTE

1990

ÍNDICE

TERESA FERRER 7
HUIDA AL INFINITO 51
MEMORIA DEL SILENCIO 61
LA NIEBLA, EL PÁJARO 67
CRÓNICAS DEL TIEMPO DE LA MONDA 73

TERESA FERRER

A J. Reolid y a Dorita, mis buenos amigos.

SOMBRAS

Al creador, que intenta crear una nueva vida, con figuras sacadas de lo más alto de sí mismo, rodeémosle nosotras, cerquémosle con nuestros cuerpos, que huelen a muerte.

UN ÁNGEL

Es cierto que toda mañana es una rosa inmensa florecida sobre el tedio de la materia: una afirmación de Dios. Alegrémonos de que el poeta sienta esta verdad y la proclame con palabras semejantes al temblor de nuestras alas.

OTRO ÁNGEL

A imagen y semejanza de Dios fue hecho el hombre y así él crea su mundo, mas no concibiendo lo etéreo y eterno, siempre enreda sus figuras en la materia en que vive.

UN ÁNGEL

¿Quién cantara el universo increado, escondido tras la muerte?

Sólo el aire, que murmura en las hojas de los árboles y en las crestas de las olas y en los cabellos de las vírgenes que sueñan...

SOMBRAS

El hombre es hijo nuestro. El día, con su juego de colores, parécele tal el curso de un arroyo, quebradizo y vano. Sólo nosotras le dejamos absorto y en sus hermosos labios muere, de repente, la voz armoniosa. La profundidad de la noche le atrae más que la suavidad del día. Cuando el hombre crea, despertado por no sabemos cuál sentimiento, ya prepara en sí mismo la tumba de su obra.

ÁNGELES

Vida, vida, tú eres inmortal. Bienaventurados los que viven pensando en lo eterno. Bienaventurados los que miran al cielo. Bienaventurados los que, escuchando los trinos de los pájaros, sueñan de dónde viene su música... Bienaventurados los que saben distinguir lo real de lo irreal, lo posible de lo escueto. Bienaventurados los que saben despertar el movimiento.

SOMBRAS

Pero el autor de este pequeño libro es nuestro; lo tenemos cogido en nuestras sucias uñas y ya no ha de escapar.

I

Dorada luz del aire. Pasan sobre ella las golondrinas, en suaves y veloces giros. Amplitud luminosa en que se abre una invisible flor de silencio: de silencio puro, mayestático, glorioso. Mar infinita que sólo turba la rizada espuma de un gorjeo...

Hallémosla en su casa, en su humilde casa de grises paredes, al pie de las cuales vemos, arrimados: la falce, hundida en un fajo, todavía húmedo, de hierba; la laya, el zapapico, el indar, el mazo de pisar terrones; el largo horcate, tumbado en un rincón umbroso, a la puerta del pequeño establo en que haronea el asno. Pero todo este utillaje de labor y las otras cosas esparcidas que recuerdan la monótona faena agrícola y aun la presencia evidente de los campos —con sus moscas, fiemos, olores—, no es lo fundamental de la casa. Lo fundamental de la casa es la sombra, una sombra que tiende sus velos al fin de cada pasillo, en cada estancia, sobre puertas, ventanas, muros. Una sombra buida, inevitable, que en todo penetra. Sombra indesgarrable, que aun ella —la muchacha que semeja una diosa— no destruye con su paso... Es sombra de mal, de un mal callado y poderoso, que se enraíza hasta en la más pequeña hendidura del suelo.

La madre —Juana— se pasa las horas en el lecho, sumida en no sé qué, escuchando voces, ecos, la delgada tremor de un moscón o tábano que penetra por la abierta ventana, llega sobre el estor y se detiene sobre su amarillo, quieto, finísimo hilaje. La enferma oye pasar las mulas por el camino cercano; la voz lejana de alguien que entona una canción, allá en las viñas, que están enfrente, en la línea del monte que cierra su miraje; risas, gritos de niño en la calle, ayes, todo lo que hace sonoro el breve mundo del día en la aldea. Pero ella está inmóvil y presiente que en sí misma las raíces de la

muerte se ahondan, buscándole el punto en que brota el aliento, para ofuscarlo. Juana ya no es la que era. Siguen las cosas como antes, absolutamente como antes, y sólo en la cara de su hija nota aquel estupor, aquella muda pregunta que siempre trae fija, clavada en los labios; "¿Cómo estás...?". Ella no tiene espíritu para responder y deja caer, no sabe de dónde, una pesada sonrisa que recuerda la caída de un pétalo marchito en el agua, adonde queda flotando, hasta que se hunde y desaparece... Mas algo hay todavía más intenso y trágico que la pesadumbre de su hija, que lo espeso de la noche en que vive, que su enfermedad: y es la mirada ácida, indiferente, de Ignacio, el cual no parece pensar más que en la hora en que ha de quedar libre de aquella tortura: la tortura que representa el verla viajar, sobre una sábana quieta —color de hueso—, hacia un fin próximo, seguro.

II

Varón es de sombras y de vino; de ojos lúbricos, mordaces; lento de gestos y denso de amenaza. Varón que labora de mala gana el terruño; que deja pender de sus labios un cigarrillo tras otro, hasta que la colilla se le moja de baba y toma el color oscuro, cetrino, de su misma piel. Cansado y soez, agrio de carácter, huérfano de toda fe: éste es el hombre con quien Juana vive.

Lo hallaréis en las veladas del café, a las horas mudas, soñolientas, en que una estela de humo permanece, inmóvil, sobre el aire enrarecido. Son entonces pocos los hombres que quedan; los más, están ya en sus lechos, porque al día siguiente, antes de apuntar la luz, han de estar ya desentrañando el baldío. Son pocos y hablan raras veces, casi todas para maldecir o apostar a las cartas. Colocan un naipe sobre otro y van descubriendo el último, a la vez impaciente y pacientísimamente, porque este es todo el secreto, el goce y la tortura del juego: "pintar" la carta. Momentos que para ellos —los ocho o nueve jugadores que quedan en torno a la mesa redonda— son toda la vida. Los naipes, el dinero y el tabaco: ronda de oscuros y violentos goces, para estos hombres broncos y obsesionados. La cola en los labios —las más de las oca-

siones, sin humo— y el naipe luciente, decisivo, que va apareciendo ante sus ojos. Éste que os presento es —no penséis que dramatizo— el amante de su madre, el compañero de su madre, ya que no hubo unión legal ni unción de sacerdote sobre ellos. Todo fue turbio, recio, y de un golpe brusco cedió la viuda —cuando aún era hermosa— a la voluntad de su dueño. Pasaron años, lustros: la situación —no sabemos por qué— no cambió. Haz atado y desatado; lujuria; sombras con luz; noches de invierno en torno del fuego; luna clara y silencio sedante, oloroso, del estío. No cambió. No cambiaría jamás. Y ella, Teresa Ferrer, hija del primer y legítimo matrimonio, fue creciendo y haciéndose mujer, cada vez más hermosa. El compañero de su madre escucha los pasos de Teresa en la noche —se levanta ella con los pies desnudos, para menesteres de la enferma— y quizá le parezcan a él dos palomas de plata, sobre las ramas agitadas de la oscuridad en que vive.

III

Teresa ha bajado al anochecer, algo más tarde que los otros días, a muñir la cabra. En el corral se atraviesan las sombras, tal finas maderas azules que ella procura no tocar. Las gallinas se han subido ya a la caña travesera sobre la que, todas las noches, duermen. Unos gazapillos, siguiendo a la madre, han salido de la madriguera y están entre las hierbas, en actitud quieta, royendo alguna hojita; otros, más grandes, aplican sus dentezuelas cortantes a la corteza, fresca y verde, de una rama de almendro; la rosigan lenta, menudísimamente. No huyen a la presencia de la muchacha; incluso ha cogido ella uno de los pequeños —semeja un ovillito pardo— y lo acaricia, lo acaricia sobre su seno. Luego lo deja y se acerca a la cabra. La cabra rumia y rumia entre sus mandíbulas un hojoso brote de fresno. Cuando tropieza algún tallito grueso, lo corta rápidamente con sus fuertes dientes y lo deja caer al suelo. Y todo esto lo hace de una manera mecánica, indiferente, y aun cuando Teresa, a su lado, le dice alguna terneza, esta cariñosa palabra se deshace, tal un coágulo de nata entre la pelambre de la bestia; tampoco, al pasarle la blanca mano sobre el cuello, ha dejado de comer. Sin parar en ello,

coge la muchacha una de sus patas traseras —para que no huya— y la sujeta prietamente entre sus muslos, en tanto, con las manos libres, le va vaciando las ubres sobre un potecito de aluminio. Cuando acaba —un poco cansada— atraviesa con cuidado el corral, procurando no enredarse en la frasca, abriendo sus piernas para saltar un haz de rama de los que allí hay hacinados. Al salir, y en el corto trayecto que hay desde la puerta del corral a la escalera —arriba se ve luz— tropieza violentamente con un hombre y siente, unos instantes, la presión de una mano sobre su pecho; posiblemente haya sido un acto involuntario, pero ella ha sentido la reciedumbre del hombre sobre su cuerpo.

—¡Bruto; casi me tiras la leche!— le espeta ella a su padrastro o lo que sea, porque ella sabe, efectivamente, que aquel hombre la espera siempre por la sombra, la acecha, sin atreverse a decirle nada; y lo odia, con ceguedad.

Ignacio gruñe, por toda respuesta; alguna palabra rueda, fricativamente, entre sus labios, mas no alcanza son, evidencia. Otras palabras que se mascan, como el tabaco y la sombra, para el regusto de la saliva, hay en su boca. Quizá sean palabras violentas, fuertes, pero algo las contiene: el oído fino y alerta de la enferma, que está arriba y, como todo lo oye, apenas su hija entra en la habitación para llevarle algún alimento, se incorpora y le pregunta, a bocajarro:

—¿Qué te ha dicho? ¿Qué te ha dicho ese imbécil?

Y la muchacha no sabe qué responderle, porque, en realidad, el hombre no le ha dicho nada; pero ella siente aún la presión aguda de aquella mano en la carne de su seno y, sin saber por qué, se estremece; mas aún tiene fuerzas para sonreír a su madre, no dándole importancia, como no da importancia, en absoluto, a muchas otras cosas.

IV

La paz, el silencio estivo, que rodean los montes y la aldea, se han hecho intensos desde el mediodía. El sol, que todo lo penetra con su fuego, podría pesarse, exactamente, en una balanza; sobre las manos es apenas una lámina, pero sobre las espaldas y frentes de los hombres, en el campo, es algo vaharoso y tangible, que les abruma. Hasta los pájaros

recatan sus vuelos por hondonadas y umbrías... Pesa el sol de fuego cual una inmensa moneda de oro sobre el valle. Loca, añade una cigarra la estridor de sus alas, horadando el más allá de las frondas quietas. Metales de estío; cegadores relumbres de pizarras y rocas; vaho que hace trémil el seno, hialino y largo, del aire cansado. Ojos del hombre, solitarios, ¿qué buscan, en la vastedad ardiente? No hay nubes, celajes, nada. El cielo es ahora una inmensa tela ardida, cuya ceniza aún quema. A la noche, a la frescura, volverá en sí y sabremos entonces que la tela era de agua dormida...

Madre e hija están solas en la casa. La madre, hastiada de vivir, con el beso de la sábana sobre su carne húmeda, sudorosa, que se va descomponiendo por dentro. La hija, con el rizado y negro pelo deshecho sobre los hombros, que lleva casi descubiertos, porque, presa del calor, ha abierto hasta más abajo del pecho su blusa amarilla. Está cosiendo una de sus prendas, porque mal llega el dinero para vestir y hay que conservar lo que se tiene.

—Madre, ¿por qué te casaste con ese hombre? —pregunta de pronto, dando salida a algo que interiormente y desde tiempo, le mordía; sin atreverse a decirle "te juntaste".

—No te lo puedo explicar, niña —responde Juana fatigadamente, sin ganas— Lo quería. Y aún lo quiero. Estas cosas no se saben explicar bien; ni tú lo comprenderías tampoco.

Pausa. Algo treme en la ventana abierta, quizá el aliento de los campos cercanos, en las garras de la luz. Se escucha la monótona chicharra. Teresa sigue cosiendo; ahora levanta un pie desnudo y lo apoya en el travesaño de la silla.

—¿Por qué no fuistéis a la iglesia?

—¡Hija...! —grita la madre, sorprendida; y el sofoco le ha subido a la cara, se le ha extendido por todo el pobre cuerpo lacerado— Nos casamos por lo civil... Él no cree en los curas, ya lo sabes... Es muy raro... Me quería... Yo estaba sola y desamparada. Tú tenías entonces nueve años. No podíamos comer... Estuviste a punto de coger una mala enfermedad... No podía hacer otra cosa.

Calla, fatigada. Coge el ventalle de sobre la almohada y

dase aire, aire, porque quizá note que le falta. Pasan unos instantes. Luego, asaltada por incierta pesadumbre:

—¿Por qué me lo preguntas?

La muchacha contesta, sin levantar los ojos de la aguja:

—Hace tiempo quería preguntártelo. No es por nada.

Y no se atreve a decirle más. Sigue cosiendo su enagua, que muestra por algunos puntos —los más usados— roces que acabarán por romper la finísima trama de los hilos, color de rosa desvaída.

V

Qué monótono es todo. Qué uniforme y vacía la sucesión de las horas, sobre estos descampados y bosques, en los que el sol devora toda tierna verdura. Qué ruta, ésta de la vida en la aldea, tan hollada de hombres y de bestias... Sale Germán Herreros al filo de la amanecida, cuando el cielo tiene una color de fondo sereno de alberca y la brisa trae humedad de rocío. Acaso lleva un cigarrillo en los labios y el cálido humo le distrae.

Joven y rubio es, de tez sanguínea, ojos negros, miembros musculosos y fuertes, éste que nos ocupa. Taciturno, reflexivo; estuvo años en la gran ciudad y esto le da cierto resplandor a su sonrisa, evidente cortesía a sus actos. Tiene alguna experiencia de la vida. Es prudente, cauteloso, amable con todo el mundo, pero cerrado fuertemente en sí. Ha heredado en el terruño —se trata, quizá, del heredero más rico— y ahora, con displicencia, como sin ganas, vigila sus viñas, olivares y huertos. Está, tal vez, ponderando la riqueza que ha venido a sus manos, calculándola exactamente. Lógico es que piense venderlo todo y, con su producto, volver a la ciudad y establecerse. Mas quizá haya algo que le retenga aquí: la caricia del aire en las montañas, la paz de los pinares, la dulce libertad que la naturaleza parece dar al hombre. Tal vez una mujer: una muchacha blanca, esbelta, condenada a la terrible soledad de la murmuración —una murmuración velada, aún incipiente— y la miseria; pero increíblemente hermosa y atractiva. No sabemos lo que este joven piensa; su expresión

oscila desde la sonrisa más cordial hasta el más cortante y recio gesto.

Hace tiempo que este hombre, acostumbrado a vivir en la capital y a disfrutar en ella de su juventud, anda a solas por la aldea. Habla muy poco y menos con las chicas, que harían piruetas por él. Acaso, la tristeza de unos ojos negros y angustiados se ha clavado en él; posiblemente, estos ojos le han pedido ayuda, le han mirado triste y amorosamente y no pueda olvidar ya la caricia de aquel destello en las pupilas jóvenes y ardientes. No sabemos por qué Germán Herreros sigue su vida monótona, aburridísima, desde la casa —en que Cruz, una pariente cuarentona, le hace guisos y trabajos— hasta el campo, sollamado, seco, solitario, bajo los rayos cegadores del estío y el vuelo lento de los cuervos.

VI

Ella quisiera saber qué es la vida, qué es aquello que la mantiene —tensa y sola— sobre la realidad. Pero nadie la ha enseñado a meditar; el paso por la escuela fue rápido, limitado siempre por las necesidades de la casa. Leer sí sabe, aunque muchas cosas se le ocultan y evaden a su sentido. Ha leído, incluso, poesías, esas masas de renglones cortos y medidos, que encierran algo tan bello y tan puro como son sus sueños. Cuando reflexiona, considera las cosas a ras de tierra; cuando piensa en algo que no acaba de discernir y que, sin embargo, la cautiva en un gozo fugaz, vuela más alto, tanto como los pájaros. Suele ocurrirle esto último cuando se halla a solas en el campo; bien lavando, junto al cañaveral estremecido de rumor; ya camino del huerto, que está recogido en un hondón, en el que se escucha velado borbollar de agua. Momentos deliciosos: ella hunde sus manos, sus desnudos brazos, en la frescura y nitidez del agua, escuchando el gorjeo de un ruiseñor que canta en la cercana fronda... Y sueña. Sueña en que ha de venir un día un hombre, hermoso y rubio, que la ha de besar en los labios y llevársela lejos, muy lejos de allí. Todo esto lo ve ella en el espejo undoso, rizado o terso, del agua en que hunde sus manos. Teresa está segura de que aquello es imposible; que nadie ha de quererla, tan pobre, tan

desgraciada; que un hombre, brusco y borracho, en caso de haber algo, lo destruiría con sus puños, con sus dientes, a fieros golpes de hoz. Porque este hombre, que se apoderó de la madre, está esperando a que ella acabe, para quedarse a solas —en su misma casa— con la hija. Cercada, apetecida de él, violentamente deseada. Pero esto no ocurrirá, no ocurrirá jamás: lágrimas han ido a caer al agua, disolviéndose en su claro seno... La muerte sería mucho mejor. Ella —una muchacha sencilla— dirige su pensamiento a Dios. Y a la Virgen, esa mujercita que ella vio en unas andas, rodeada de inocente júbilo de palomas. Por esto es mejor soñar, soñar un poco, no mucho, pues hay que estar en continuo aviso y celo de las cosas, no sea que éstas la atrapen, en un momento en que se halle mirando al cielo. Podría ser que aquello ocurriera: que el hombre atento, educado, fino, viniera por ella y la solicitara como esposa. Y se fueran, él y ella, en un viaje inconsciente, ligero —ella, blanca en todos los momentos— a cualquier lugar lejos de aquellas piedras con lagartos absortos, zarzas que se enredan al paso, hombres mudos o blasfemos, que no la miran más que del cuello para abajo; de aquella sequedad; de aquel país de demonios... Lejos. Muy lejos de allí.

VII

Se dirige Ignacio, con un cigarrillo pegado a los labios, al café. A la hora aquella de la noche están las callejuelas del pueblo deshabitadas, en penumbra, y la tos seca del hombre, sus pasos, sus palabras, todo resuena de manera cavernosa y lúgubre. Si tropieza con otro —con otra sombra— los saludos que se dirigen al pasar no son menos oscuros y vagos que sus figuras. Hablan los hombres de mala gana por la noche. Al pasar frente a un tabernucho abierto se oyen tacos, denuestos, el golpe recio de un puño sobre la mesa. La móvil y errante telaraña que produce el humo de los cigarros sube y rodea al único foco de luz que ilumina la estancia, intentando apresar su fruto amarillo, hálico. Hay una vieja apoyada de codos en un pequeño y sucio mostrador de mármol y a su espalda, por una habitación pequeña y rosada, se mueve una mujer de mediana edad, de desnudos brazos rollizos y cabellera suelta sobre los hombros. Es Leonor, la hija de la dueña. Antes venía

muy a menudo Ignacio a visitarla, cuando sus dineros no se los llevaba aquella terrible enfermedad que tenía a su mujer inmóvil en la cama. Ahora pasa, lo más indiferente que puede, por la puerta del mísero tabuco y, dando chupadas al cigarrillo, se va al café, por cuyas ventanas abiertas sale, en delgados raudales, la música de la radio. Esto es más moderno, más fino. Aquí se halla la muchachada bulliciosa, alegre, pero honrada, del contorno: Jacinto, Antón, Luis, Anselmo, Felipe, Mario...; mozos labradores, peones, cuyos brazos están habituados a manejar azadas, picos, estevas, y traen la risa en los labios, tal un racimo de uva que exprimen, locamente, entre sus dientes; la salud en sus fuertes torsos casi descubiertos y aun el hálito de eras y trigos a la atmósfera cerrada, tibia, del local. Allí ríen, bromean, comentan el último sucedido en la caza, la ronda hecha a alguna niña en ciernes de noviazgo. Ven entrar los jóvenes al hombre que trae un gesto torvo y hastiado que resume la colilla apagada en sus labios y, tácitamente, recuerdan a Teresa y por eso lo miran, como si llevara un fragante y rojo clavel en el chaleco. Luego cuchichean entre ellos y uno —Jacinto, el más arrogante— pone el gesto del que haría cualquier cosa por tener aquella muchacha. Siguen hablando de ella; quién de su tipo, cuál de sus ojos, aquél de lo triste y mustia que semeja...

En una mesa del rincón están jugando a las cartas unos hombres, rodeados de humo. Allí se dirige el nuestro, toma asiento y a los cortos minutos ya le corresponde carta entre las manos; la mira: un luminoso siete de copas; apuesta y todo lo demás —las risas de los mozos, la gente que lo rodea, la luz, el humo— desaparece de sus sentidos y sólo queda, en el centro de su vida, una sucesión lenta de naipes diversos, satinados.

VIII

Tardíamente, una forma redonda, que no llega a ser blanca porque va emergiendo a la vez de la cumbre oscura de una sierra y de la entraña humosa de una nube, sube al cielo. Van pasando sobre ella hilos y más hilos, cual en torno de una moneda de plata que quisiera liberarse de su uso entre las cosas y rodar, por remoto confín... Hilos de nube que se van

destejiendo, obedeciendo a no se sabe qué suavísima brisa, en el seno oscuro, azul, de la noche.

Ella hase ido desnudando en la penumbra, en la pequeña estancia sin luz, sin apartar sus ojos de aquella mágica, extraña, aparición de la luna. Las carnes que se descubren tienen una color pálida, no tan blancas como el astro, pero también níveas, con una luz de jazmín cuajada entre sus curvos y torneados límites. Luminosidad de los brazos desnudos, que se alzan, formando asa sobre el cuello, pues quiere liberar a su nuca de la opresión húmeda de los cabellos. El silencio, sobre la aldea y el paisaje, tiene la pureza de una flor en las manos de un ángel...

Teresa, luego de contemplarlo todo, siente de pronto hastío, soledad, y —al pensar en algo— miedo. Escucha el respirar denso, fatigado, de la madre que duerme en el cuarto aledaño. La muerte parece acercársele, poniéndole en la garganta una profusa flor de sombra. Se irá quedando dormida, envuelta en el resuello, y una mañana se encontrará la hija sola, absolutamente sola, sobre la tierra... Reza; fluyen de sus labios, imperceptiblemente, palabras repetidas miles y miles de años por tantos afligidos; porque, antes de decirlas Cristo, ya flotaban, cual un canto, sobre este triste mundo. Fino sortilegio; delgado hilo de agua que brota en la noche y apaga toda sed... Teresa halla en la oración sosiego, conformidad, para lo que ha de venir y, serenamente, vuelve a mirar al astro que, desnudo y luciente, se ha detenido en la altura, entre un resplandor azulado y poroso.

Se oyen pasos por la calle. Se acercan; cesan de pronto frente a su casa. Renace el silencio. Teresa se asoma, tímidamente, a la ventana. Y ve a un hombre joven, en cuerpo de camisa, rubio, refugiado allá, en la sombra frontera, que la mira: la mira tan intensa y dulcemente que ella lleva sus manos al cuello, cual cerrando su blancura y la desnudez de los senos, en un gesto inconsciente, pudoroso.

IX

Está la fuente a la salida de la aldea, en un rincón umbroso, invadido de zarzas, espinos, dulcamaras que ciñen, con sus tenues y floridos brazos, los troncos de los árboles sil-

vestres. Late la profusa masa de los arbustos con el revuelo de los pájaros —algunos de los cuales van y vienen, porque tienen allí ocultas sus nidadas—, el latigazo súbito de lagartos y pequeñas sierpes que se escabullen al paso de los pastores y de las mujeres que van a llenar sus cántaros. Dos rumores encantan, especialmente, el lugar: el gorgoteo del agua en los caños y la tremor múltiple, infinita, de las hojuelas de unos álamos que allí dan sombra y celan la paz antiquísima de los montes.

Tiene la fuente una hora mágica, sobrenatural, que sobrecoge el ánimo: y es en la hondura de la noche, cuando el brotar del agua tórnase delgado, imperceptible, tal un roce de perlas caídas, y las ramas de los álamos, bajo el disco solitario de la luna, quedan presas en una agitación medrosa, en tanto, por la negrura del campo, lechuzas y autillos dan, a intervalos, sus úes extrañas, cortas, lúgubres.

Se camina entonces poco a poco, temiendo el acecho de algo o de alguien que puede surgir, rápido, de la espesura. El sendero va haciendo eses al bajar, saliendo y entrando de los lados, ensanchándose al fin y uniéndose a unos gastados escaños de piedra, frente a los cuales se hallan alineados los grifos, dorados y mudos. El agua que suena —imperceptible a no ser por la vastedad del silencio— surte por una veta oculta a los abrevaderos, rizando el espejo del agua oscura, detenida... Horas de la noche, siempre llenas de dulzura, de secretos. Puntos dorados, blancos, que vibráis en lo remoto, en un azul de sombra inviolable, hacia los cuales vuelan las manos y los ojos del hombre, en un afán imposible de apresaros... Yo bajé a la fuente solitaria una noche; una noche callada, serena, de mayo. Allí llené mis manos de agua transparente, azulenca, bella como el origen de las cosas, como todo lo elemental y puro, cual un pájaro abatido de espuma de otro cielo, y la acerqué a mis labios y fuila bebiendo a lentísimos sorbos, hasta que quedó apagado algo que ardía en mí, algo que no puedo, que jamás podría deciros.

X

Encontráronse allí una tarde clara del estío, ya declinando el día. Bajaba Teresa el senderuelo, el cántaro llevado

con suma gracia a un lado de su cadera, cuando, a mitad del trecho, vio al joven que estaba ya bajando los cántaros de las aguaderas y alineándolos en el suelo. Bastante agitada y rósea de mejilla, dio un "buenas tardes" escondido. Germán la miró por entero con sus ojos negros, mostrando una sonrisa. Y como ella esperara, le dijo él, tomándole de los brazos el cántaro:

—Tú debes ser en todo la primera. Déjame. Llenaré tu cántaro.

—No, no, —excusóse ella, encendida; y quiso recuperarlo con tan mala fortuna que, en el forcejeo, tuvo que rozar su cara con la de él. Y sintió el hombre tan de cerca cara y cabellos de la muchacha que turbóse un poco y una llama brilló en el fondo de sus pupilas. Luego, como Teresa habíase retirado ocultando su mirada, él la estuvo recorriendo con la suya detenidamente y murmuró un piropo, una frase breve, apasionada.

En lo alto del camino apareció entonces una mujer: Queta. Una mujer alta, desgarbada, fachosa, cuya lengua tenía fama de retalear famas y honores, hechos a menudo no importantes, pero que, en sus dientes de víbora, relucían cual preseas. Colocó el joven el cántaro en el huello, bajo el chorro impetuoso del agua y, mirando a la chica por el rabillo del ojo, susurró:

—Te esperaré esta noche en las acacias. Ven y hablaremos.

Ella no contestó. Cuando el agua reventó blandamente sobre el cuello de la vasija, haciendo una tenue espuma, la cogió de las asas y alzóla sobre una piedra que hacía de descansadero; desde allí, nuevamente, la tomó con gracia sobre su cintura y empezó a andar, sin despedirse. La bruja, que llegaba entonces, dijo, socarronamente:

—Chicos, ¡qué solitos estabais!...

El sonrió, tomando la cosa a broma; pero la muchacha ya subía sendero arriba, más callada y más seria que una tumba. Lo alto de la tarde era claro y azul, cual una promesa de algo bello.

XI

No supo qué le impelió a obedecer, ni cómo, al salir de la tienda, luego de hacer una compra innecesaria, torció por la callejuela de al lado y salió a las acacias, que estaban negras y llenas de un vasto rumor. Veraban éstas el principio de un camino que salía del pueblo y el último foco de luz de las casas no alcanzaba, con su dorado resplandor, más allá de unos metros de distancia. Podía Teresa atravesar la zona de los árboles —otras veces lo había hecho— y, por una trocha que rozaba las líneas del camino, salir a la parte trasera de su casa. Recordaba —cómo no— aquellas palabras:

—Te esperaré esta noche en las acacias. Ven y hablaremos.

Llevaba una falda azul y una sencilla blusita estampada, con manchas rosadas y glaucas. Un conjunto que ella creyó más apropiado para perderse en la oscuridad. Caminaba ligera, sin hacer ruido, y al llegar a la tercer acacia, la más vieja y rumorosa, cuando ya creía que Germán había faltado a su palabra, vio salir de detrás del tronco una vaga blancura, que era la camisa del joven que había estado esperándola.

—Buenas noches —habló él, por la bajo— Sabía que vendrías. Aquí estaremos bien.

La cogió del brazo y la arrimó sobre el tronco, escudándola.

—Tengo prisa —dijo la muchacha, con palabras débiles— Di lo que tenías que decirme, porque he de ir a casa pronto.

Posó sus ojos en los de ella, grandes, de pupilas lúcidas en la oscuridad. Estaban cerca uno de otro. Se mezclaban sus alientos, suaves, ardorosos. Sobre su camisa, notaba el hombre la presión dura, de ala cerrada, de un seno redondo. Latía la noche en torno de ellos, oscura, dulcemente, como aquello que no acertaban a expresar y que los mantenía tensos.

—He de irme pronto del pueblo —susurró Germán Herreros con lentitud; tuvo otro pensamiento, pero lo ocultó— Quería decirte que... eres la chica más hermosa que he visto en mi vida... y que...

Ella le atajó, nerviosa:

—¿Cuándo te vas?

—Aún no lo sé exacto... Eso depende de ti. Ese hombre,

Ignacio... que creo no es tu padre... ¿te pega?

Subió el rubor a la cara de Teresa, pero en la oscuridad no se notó.

—Es mi padrastro. Eso quisiera él, pegarme... Pero no lo hará. Soy capaz...

—Bueno... Ese hombre, el día de mañana... digo, te obligaría a vivir con él...

—¿Conmigo? El día que muera mi madre no me ve el pelo más. O me caso o me meto monja.

—¿Te casarías... conmigo? —dijo él, poniéndose serio y mirándola tan de cerca que sus labios entreabiertos casi le rozaban la cara.

Ella, con un suave impulso de sus manos, lo apartó de sí. Oyéronse pisadas en la grava. Venía un hombre fumando un cigarrillo, cuya punta roja miraba como un ojo. Teresa tembló, desprendióse por completo de los brazos que la ceñían y fuese, oscuridad adentro... Se escuchó, un instante después, rodar una pedrezuela por la trocha cercana.

XII

La mañana es estuosa, cálida. La enferma oye el tic-tac del reloj que hay sobre la mesita. Por la ventana pasan una vez y otra los vencejos, dando leves chillidos. Hablan algunas mujeres en los portales de sus casas y la conversación, algunos espacios, se percibe claramente; en otros, se torna un cuchicheo. Alguna de estas mujeres ríe de pronto, escandalosamente, y la bulla se hace densa. La enferma, sin embargo, no sabe de qué hablan ni de qué ríen. No lo sabe ni le importa. El mundo se va quedando hueco, sin sentido, tal un largo túnel de sombra, para ella...; un largo túnel en que resuenan, cada vez más hondos, sus gemidos. ¿Para qué el bullicio de los pájaros; la cháchara de las vecinas; el ruido lejano del viento entre las hojas de los árboles...? ¿Para qué toda esta cosa vana, esta bella chafallonía, si la vida del ser humano se evade, tan rápidamente; huye, sin esperanza alguna, descomponiéndose, sintiendo el sumo dolor de saberse morir? En un librito de pequeñas cubiertas negras, ella había leído —hace, ay, mucho tiempo— consideraciones y pensamientos como los que ahora bullían en su cabeza, pero que entonces dese-

chó casi con desprecio, porque la risa era un pájaro en sus labios y tenía el tiempo lleno de perlas... Hermoso trozo de su vida, desde los quince hasta los veinte años. Limoneros en flor, agua quieta de la balsa, sobre la que ella se entretenía en mirar su imagen y arreglarse el pelo, en la que fue dejando caer cierta tarde los pétalos de una zinnia...

De pronto, en la calle:

—¡Eso quisiera! ¡La pollosa!

La voz ha sonado aguda, fiera, como un cuchillo. Una mujer ha salido de la penumbra de su casa, ha oído lo que hablaban las otras y ha prorrumpido en gritos y desafíos.

—No se casará con ella... Eso quisiera... No lo verán sus ojos. Cuando la haya sobado batante, la dejará...

La enferma, con la respiración entrecortada, ha querido incorporarse en el lecho, pero ha sentido, con un dolor agudo, diminutas agujas clavársele en la carne. Hubiera querido levantarse, salir a la ventana y contestar, como era debido, a aquella arpía. Mas no puede; es del todo imposible... Ella ya no es la que era... ¡Estaba segura, completamente segura, de que se referían a su hijita!

XIII

El joven descansó de la faena. Se pasó un ancho pañuelo por la frente sudada, roja del sol. En las primeras horas de la mañana estuvo haciendo leña, cortando ramas de unos árboles viejos y secos. Luego fue a limpiar de broza los quijeros de una acequia, adonde toda clase de hierba se había enredado avariciosamente, haciendo lento, casi imposible, el paso del agua. Pronto, a septiembre u octubre, vendría la crecida y el cauce, obstruido por la maleza, debería estar limpio y expedito de toda ella. La luz ardía en lo alto. De cuando en cuando, por las solitarias lomas, pasaba una totovía, un chotacabras. Aguzaba su chirrido una cigarra lejana. Entre los arbustos sonaba algo como un élitro, a pequeñas pausas. El asno, en la sombra, comía las hojas, anchas y tiernas, de las cañas...

Sentado sobre una piedra, mientras se liaba un cigarrillo, pensó en ella. Era hermosa, muy hermosa. Pero valiente, ruda. Él, Germán Herreros, un galán maduro, no había con-

seguido todavía besarla. No tardaría en ceder, sin embargo. El tiempo pasaba lentamente. Había tenido unas palabras con el zafio aquel del padrastro, que era el que vino fumando un cigarrillo... De poco más sorprende a la muchacha. El imbécil le dijo que no se atreviera a tocarla; que, si la quería formalmente, entrara a verla en su casa; que no era de hombres honrados andar por lo oscuro de la noche y aprovecharse de las criaturas inocentes... Sonrió ahora, pensándolo. Eso era, exactamente, lo que él quería: gozar aquella flor silvestre. Lo demás no le interesaba. ¿Qué dineros, qué riqueza tenía la chica, sino era la de su cuerpo? Y esta riqueza no era para otra cosa que para eso: para gozarla, intensamente, unos momentos. Deliciosa muchacha: qué ojos, qué boca, qué piel... Escondidamente algo le decía que no obraba bien. Pero él estaba harto de estas cosas y la vida que había vivido era completamente distinta a la que le habían enseñado. "Más vale engañar que ser engañado", filosofaba el zorro. Porque aquella chica —él estaba seguro— no iba a otra cosa más que por sus tierras, por su fortuna. Además, ahora era ya un asunto de hombre a hombre. ¿La quería el padrastro para él? Pues antes sería suya aquella preciosa flor de la aldea...

Campos y montañas, extendidos bajo el cegador velo de la altura, permanecían mudos. Pasó un pájaro lejano. Cerca de allí, entre las cañas, comenzó una brisa imperceptible a desatar sus anillos...

XIV

Se había levantado un poco tarde y aun con algo de sueño en los ojos. Las ocho de la mañana, en la aldea, son una hora ya avanzada. La mitad de las casas están cerradas, pues sus moradores, desde el lubricán, se han dirigido ya a huertos y viñales. Pasan los pájaros entre las quietas nubes aletargadas; van trenzando sus giros, raudos y diversos, remando con sus alas un silencio puro, ácueo. Manos son que tocan, desnudamente, una invisible imagen; dedos de pumas, ligerísimos. El velo de la mañana parece temblar, al roce levísimo de tanta ala.

Clara y fresca está el agua, regalo de la piel en estos días

tan cálidos. Miradla tersa y dormida por la mitad de la herrada, que ha estado, toda la noche, a la serena. Allí hunde la muchacha sus manos, sus desnudos brazos y lávase con ella cara, garganta, hombros y senos, en la recatada soledad del patio, rociándose de vida y de alegría. Allí su mano pasa ligera sobre el escote, sobre la redonda albura del seno descubierto, por el coral de su cara, sobre sus hombros, mejillas, lóbulos; se restriega los ojos, de largas pestañas negras. Luego, con la toalla blanca, va secando cada una de las partes, enjugándola cuidadosamente. Está contenta de sí misma. El horizonte de su vida se ha llenado, al fin, de la rosada luz que anuncia el más dichoso día. Tiene ella diecinueve años; él, seis más. Forman una espléndida pareja. Le parece a Teresa que todas las cosas que la rodeaban dormían antes en su inercia y ahora estaban, efectivamente, llenas de una luz, rodeadas de un nimbo trémulo; y que, entre las mudas piedras, miles y miles de yerbas y de florecillas esparcían gratísimo aroma. Mundo renacido, de una suave dicha, era éste que bañaba todos los poros de su piel; que le llenaba de música el oído, de colores los ojos, de una espesa y extraña miel la boca: de una miel que nunca había gustado y que, apenas probada, la embriagaba.

XV

El asno, que estaba atado a un matujo, tenía las ancas rodeadas de tremor de tábanos. Era espeso el día, caliginoso: un inmenso látigo que, a trallazos de luz, destrozaba las espaldas de los hombres. Aún tenía Ignacio un cigarrillo a medio chupar en los labios; pero estaba cansado y el tabaco, a él, al hombre que en su juventud había trasegado tanto vino como agua —vino del ardiente—, le quemaba ya la garganta y por eso su voz era cada día más sucia y áfona. Se dirigió a unas peñas donde, a cubierto del aire, guisábase lentamente un tupinillo de fríjoles; les cambió el agua y puso sal. Cogió unos secos sarmientos, los trizó entre sus dedos y arrojó a las ascuas. Segundos después, en un chisporroteo, despedían viva, transparente llama. Se acercaba el sol a su cenit. Latían en el campo las cigarras. El hombre tuvo una infinita sensación de fatiga y recostóse sobre unas piedras, a la sombra.

Miró al asno y lo compadeció, porque había sido hasta ahora como él, bestia para sufrir siempre trabajos y cargas. Ciertamente, notábase hastiado del mundo. El mundo sólo era para los ricos; para los que habían podido educarse y conseguir una buena situación, para los hijos de Tal y de Cual: allí las amistades, los favores, las palabras, las comidas y licores exquisitos, las hermosas mujeres perfumadas, rumiaba Ignacio con ira. Recordaba que, a los nueve años —acaso antes— su padre tuvo que arrancarlo de la escuela, adonde tanta cosa buena aprendía, y ponerlo al cuidado de un hato; al cuidado de un hato lunes, martes, miércoles, domingos y aun las grandes, luminosas fiestas, en que todos andaban, lentos y felices, por la plaza del pueblo. Así, hasta que él quedó de amo y vendió cabras y corderos, de cuya pudor estaba tan harto, y compró un trocito de huerto y otros, más vastos, de viñedo. Dábale el primero verdura para todo el año y algo de fruta —peras y albérchigos— y los otros vino y dinero para andar el resto. Claro que, uno y otros, acabarían con sus riñones si no lo habían hecho ya, pues notábase sumo dolido y débil, sin fuerzas para alzar una caña. La causa de tal estado de ruina túvola Juana, aquella mujer tan hermosa cuando la conoció, pero que, seguramente, llevaba ya aquel mal escondido, aquel terrible mal que se le había llevado el humor, la salud y los ahorros que tenía. No pudo Ignacio dar ya jornales y tuvo que hacérselo solito todo y por eso se estaba quedando sin alientos. Vida esta desgraciada, fatal, para colgarse uno. Tuvo él que buscarse otras hembras, porque la suya —Dios se lo perdonara— le daba asco y aquella endiablada chiquilla, Teresa...; pero más valía no pensar en ello; y acudir a la taberna, a ver si el vino le doraba lo que tan negro se ponía a su alrededor. Pero quedó más vacío y derrotado aún, con una sombra encima. Las horas seguían iguales, semejantes a una cadena herrumbrosa y larguísima, penosa de arrastrar. Se ponía a trabajar a las cinco de la mañana y terminaba al anochecer. Así, todos los días. Todos los días. Todos los días.

XVI

Sí. La besó: una, dos, muchas veces. Todos los besos formaban un hermoso corimbo de una sutil materia que no tenía

color ni sabor posibles. Rizaba el aire sus vidas sobre aquella temblorosa cúpula de labios. Ella no sabía qué tocaba, por dónde andaba, a qué cima subía, qué camino hondo y maravilloso atravesaba... Pero cada vez que sus labios eran aplastados, cual una florecilla, debajo de los otros, ardientes, se creía flotar, hundirse, surgir otra vez, todo a través de un medio de temblorosa luz, de vaporosa plata lejana. Toda irrealidad es posible: el amor; el esfuerzo que hace el poeta por apresar en su palabra la inmensa, intangible belleza del universo, son una prueba de ello. Verdaderamente imposible sólo es lo real. Por esto, porque aquellos besos la encendían de sueños y visiones, la transportaban a un mundo vagaroso, la hacían rozar no sé qué rosa dormida; por eso aquel amor era todavía, sencillamente, posible y la ilusión llenaba sus ojos —sus negras pupilas— de un húmedo y dorado destello.

XVII

Veíanse casi todas las noches entre los muros de una casa abandonada —muchos años antes fue una fabriquilla de alcohol— que se hallaba en una rinconada del pueblo, ya medio en ruinas, invadida de zarzas, anémonas, adormideras silvestres y parietarias. La sombra, rota en imposibles fragmentos, flotaba por doquier. Había algo allí caído e innombrable, una huella dolorosa de algo desgarrado de la realidad, truncado por el tiempo, y daba la impresión, al atravesar aquellos patios solitarios, de hender una agua quieta y transparente, un fondo olvidado, increíblemente mudo.

Germán la esperaba en el mismo sitio todas las noches, inmóvil, adosado al edificio. Antes había ido al café, fumado un cigarrillo, conversando con los amigos; luego, con cualquier pretexto, se había marchado, dando un rodeo y dirigiéndose a las ruinas. Allí se quedaba escudriñando la oscuridad, escuchando los mil rumores imperceptibles de la noche, el susurro del aire en los pámpanos de las viñas cercanas... Al fin, ella venía; venía ligera, con los cabellos abiertos al espacio, pisando la seda de un ensueño. Tenía prisa. Cruzábanse pocas palabras. El la estrechaba entre sus brazos; aplastaba contra el suyo —ancho— aquellos admirables

senos, cuya fina tersura pudo descubrir; acariciaba sus cabellos; ponía la mano bajo de su fina nuca y besaba, besaba aquella juvenil y fresca boca que ningún otro hombre había besado. Hablaban a pausas, entrecortadamente. Teresa, una vez, le dijo algo referente a un niño; a un niño rosado y rubio, al que ella daría el pecho y acostaría en la cuna... Acababan embriagados, diciéndose algo delicioso, y cuando se separaban, dejaban la noche llena de rutilaciones, de destellos, de un vagar de ángeles de fuego, de un aleteo de palomas invisibles, sobre el campo, ya mudo.

XVIII

Era gruesa, de formas caídas y amazacotadas. Su cuerpo sin cintura se movía lentamente. Pero siempre burlaba, sonreía, traía una lumbrecita aviesa en sus ojos verdes. Dejóle la cena servida sobre la mesa, tomó la lata de la leche y esperó en el umbral a que él llegase. Venía Germán Herreros despacio, con un cigarrillo encendido en los labios. Cruz le recibió y entró a su lado, hasta los adentros frescos y oscuros de la casa.

—Se te hace tarde. Ya tienes la cena, fría, en la mesa y en el cenacho el yantar de mañana... Conocimiento. Mucho conocimiento.

Él, arrojando el cigarrillo al suelo, se había sentado frente a la mesa y colocado la servilleta sobre una rodilla. No contestó. Ya sabía por dónde llovía. Se escanció medio vaso de vino dorado.

—Estamos muy disgustadas todas. No vayas a hacer una locura. Todo el pueblo se ríe de ti. Una chica sin distinción, sin medios. Acabará por pescarte. Pero nosotras escribiremos a quien ya sabes, si sigues con tus tonterías... Qué diría tu padre...

Germán había comenzado a ingerir el huevo, los trocitos de pan untados de la yema. El chubasco arreciaba. Las parientes se ponían como víboras al pensar que aquella muchacha podría llegar a ser su esposa. Era costumbre, por lo visto, celebrar los matrimonios de acuerdo con la opinión y gusto de los familiares, los cuales eran, verdaderamente, gestores

diplomáticos y activos de tales empresas. Que si tal chica te iría mejor; que si poseía tierras en la fuente, en el barranco, las viñas mejores del contorno...; que si tal otra, tan buena, tan católica; que si tu prima... La plática continuaba densa, maternal, como una lluvia de harina húmeda, relampagueada de vez en cuando por un exabrupto o una palabra erizada de púas. Que pensara; que meditara su situación —adagio—; que sería muy feliz —allegro—; pero que jamás, jamás —crescendo—, jamás se comprometiera con aquella doña Nada, la criatura más fresca que ella había visto en su vida, pues si era cierto lo que se decía del padrastro...

Germán no pudo sostener, aguantar una nota más de aquel estúpido concierto. Con buenas palabras, se levantó a medio cenar y acompañó a aquel monstruo a la puerta, diciéndole que no se preocupara de estas cosas, que él ya era un hombre y llevaba, desde tiempo, los pantalones. La sirvienta salió, despidiendo humo y fuego, tal una locomotora, y cuando hubo enfilado lo alto de la calle, el hombre, dando un suspiro, pasó el cerrojo de la puerta, se entró y continuó con sosiego la cena.

XIX

Celebróse a poco una verbena. La pequeña plaza del pueblo apareció rodeada de una tenue pared de cañizos y de cada poste de los que la sostenían surgían, hacia los lados y al centro, cuerdas con banderuelas de papel y flecos que, al rozarlos el aire, sonaban con un rumor de agua sobre piedras... Veíanse luces por doquier y, arriba, un gran foco que cegaba al mirarlo. Fue la noche serena, fresca, llena de estrellas. Llevaban las chicas vestes delgadas, bajo las cuales laan formas casi desnudas, y la mayoría de los hombres iban sin chaqueta, con las mangas de la camisa subidas sobre el brazo.

La orquestina de un pueblo aledaño había sido contratada; una orquesta de seis músicos, ellos sí, peripuestos con sus americanas blancas, flamantes, llevando en el ojal de la solapa izquierda un deslumbrante clavel. Fueron llegando todos; las matronas, temprano y sagaces, para ocupar las mejores filas de asientos; los hombres de edad, siempre ca-

chazudos, con la tagarnina en los labios; los jóvenes, en grupos reidores, llevando la broma y la sal de la vida. Llegó nuestra heroína del brazo de una amiga, más hermosa y radiante que nunca. La blancura de su tez, de sus brazos desnudos, de su escote y hombros, destacaba entre la morenez de las pasiegas y aun entre la mantecosa piel de dos o tres señoriticas que habían acudido del brazo de sus mamás. Poema en mármol rosa. Habíase engarzado, entre la negrura brillante de su pelo, un clavel rojo; vestía una blusita blanca de algodón bordado, sin cuello, rizada por un hilo de seda en torno de los hombros. En su cara fulgían aquellos ojos negros, grandes, sombreados de largas pestañas.

Sonaron frases alegres, que encendían un punto al clarinete y luego todos los instrumentos diéronse a la revolución del aire entre cuerdas, maderas y metales, armando tan bullicioso estruendo como armaran cien olas del mar entrando de pie en aquel reducido aposento y poniéndose a danzar, a girar en el aire. Pronto las parejas salieron. Detrás de los cañizos sonaron uno, dos, tres cohetes; otro subió silbando a la altura, explotó lejamente y se deshizo en una támara de rubíes, que fue cayendo, lentamente, del azul... Gritaron, rieron, cuchichearon; las más aviesas iban recortando figuras y deslizando trozos de ellas en el oído boquiabierto de la vecina, que escuchaba en sonrisa, cual oyendo música de ángeles.

Teresa no bailó. Sus ojos miraban por todos los rincones, buscándolo. En ocasiones, contestaba a las insipideces de la amiga. Con el vano, dábase aire, distraída. Había allí enfrente tres mujeres rígidas, severas, que la estaban haciendo sufrir; sus tres pares de ojos, tal seis huevos cocidos, se los sentía ella rodar, ominosamente, por todas la partes de su cuerpo, no dejándola casi mover. Aquella de la izquierda, de pechuga caída y blanda, que sonreía ladinamente, era Cruz, la solterona que arreglaba la cama de su amado, hacíale comidas y otros menesteres. La del centro, de ojos vacíos, gris de piedra, y moña obriza en lo alto, era una tía de él. La otra no sabía quién...

—¿Qué decías?

Se volvió a su amiga; ésta se puso los labios debajo del abanico, como para esconder la sonrisa, y con una mirada le señaló a la puerta.

XX

LLegó él, sí, pero mohíno y como con un peso encima, indiferente a todo. Entró en el local; la miró, pero sus ojos no se detuvieron en la suya quizá ni un segundo más que sobre las otras caras; la miró de paso, sin darle importancia y Teresa sintió una nubecilla subirle al corazón y quedarse sumida, de pronto, en una sombra. Germán Herreros se acercó a un amigo, le sonrió, sentáronse a un lado y platicaron llanamente. Teresa ladeó la cabeza; le molestaba un rizo negro que le tocaba las pestañas; con un gesto melifluo, coquetón, alzó el desnudo brazo y sus dedos arreglaron la flor, lentamente, sobre lo endrino y suave en que reposaba. Movióse en el asiento. Sonrió a unas palabras de la amiga. Sin querer, al volver los ojos, dirigió una fiera mirada instintiva al inmóvil coro de las potestades, al terrible trío matriarcal, que ahora ostentaba una sonrisa igual y común. Se le acercó entonces un muchacho. Era joven; no debía de tener más de dieciocho años. Le pedía un baile. Teresa accedió. Fue un vals. Giró, giró, se dejó arrartrar por la música, en los brazos del extasiado joven. Cuando cesó todo, buscó con la mirada al otro. Vio, decepcionada, cómo Germán estaba tomando algo en el pequeño mostrador, dispuesto a modo de bar, en compañía del amigo, con quien seguía departiendo tranquilamente. Volvióse y le sorprendió un vivo segmento blanco ante ella; eran los dientes del danzante; sonreía por pose ante la muchacha y esperaba la repetición del número. Movióse, rodó de nuevo, con algún estrépito, el dorado carruaje de la charanga.

Estallan uno, dos, varios cohetes; arriba, lentamente, otro de gotas verdes y rosadas, áureas... Teresa baila, baila de nuevo, sin saber lo que hace.

XXI

No pudo resistir mucho tiempo aquel tormento. El aire se enrarecía y olía a tabaco, a lo alacre de la pólvora. El trío de diosas sonreía, sonreía; la miraba con desprecio. Otros muchachos la sacaron a bailar. La olorosa flor que trajo ceñida al pelo, había caído en el remolino de la vueltas, siendo piso-

teada varias veces; yacía, hecha nada, por el polvo. Zumbaban en su oído ominosas moscas de plata. Aquí y allá, en torno suyo, por cualquier lugar, estallaban risas que ella ignoraba a qué se debían; risas sin sentido, risas, risas, arañas que subían a su escote, que le andaban por la mejilla. En toda la noche, Germán no le dirigió una sola mirada. Irrumpieron en la escena unos borrachos, que la rodearon, ofreciéndole a beber vino tinto, de una sucia bota que traían. Ella, de rojo súbito, dio un empellón a uno e intintó salir de aquel círculo espeso de risas, rostros, ojos, torsos y brazos; alguno de los cuales, atrevido, tocó su cuerpo. Lo consiguió al fin; salió de la plazuela y respiró, angustiada. Todavía le tiraron unos cohetes a los pies, que la obligaron a saltar, entre la infernal risa de todos... Cuando, al fin, enfiló la sombra, cerrada y húmeda, de la calle, horadada en algún punto por una manzana de luz dorada, y sintióse sola, pensó, de pronto, en su madre, que se iba consumiendo, día tras día, en el lecho, y se dijo: "Loca, loca; soy una loca...". Apresuró el paso y le sorprendió el silencio de la casa, un silencio inerme, rotundo, infinito. Abrió la puerta, que cedió, con un chirrido de herrumbre. La atravesó y se quedó de pronto helada, sin sangre. Fulgía, a dos metros de ella, el punto rojo de un cigarro. Alguien la esperaba, pero la oscuridad eran tan impenetrable que se hacía imposible distinguir el menor rasgo, el más nimio perfil de nada.

XXII

—Entra y no tengas miedo —susurró el padrastro. Oyóse un leve chasquido y se encendió la luz— Entra; cierra la puerta. Quiero hablar contigo sin que nos oiga tu madre.

Teresa, ya algo repuesta del susto, quiso huir escaleras arriba de las que daban al piso, pero una mano férrea le oprimió la muñeca, dobló su brazo y se sintió de pronto sujeta y cerca del hombre, cuyo aliento apestaba a vino y a tabaco.

—No me tengas miedo. Quiero hablarte de algo que te interesa: de ese estúpido que te corteja. Como padre que te soy —o, al menos, padrastro—, bastaría con que te lo mandara,

pero tú, que eres una loca, siempre me has aborrecido... Siempre te he querido como a una hija, más que a una hija, más que a nadie. Por eso no he consentido que fueras a trabajar al campo —ni tú ni tu madre— y así tienes la piel más blanca que los lirios. He dado todo lo mío por vosotras, señoriticas de la capital que recogí muertas de hambre —sí, no me mires así— y de tal manera me pagáis; tu madre, llevándome a la ruina y tú... y tú... ¿por qué en toda tu vida, desde que tuviste doce años y había una sombra de mujer en ti, siempre me has huido, como si yo —el hombre que más te quería, el hombre que os daba de comer— fuera un pobre sarnoso? Jamás has consentido que te tuviera en brazos. No sé todavía qué es un beso tuyo. ¡Pobrecilla! ¿Qué te creías? ¿Que iba a tocarte como un novio?... He sufrido mucho, mucho, pero no importa. Escucha, Teresa. Escucha y no te alteres por lo que voy a decirte. Sé que hablas con ese idiota, con ese sinvergüenza, a quien tú —inocente criatura— has creído. Ya has visto lo que te ha ocurrido esta noche. Eso no es nada comparado con lo que te pudiera ocurrir. Ese hombre sólo busca aprovecharte de ti; eso está tan claro como el agua. ¿No lo ves? No llores, no llores, hija mía. Pero no te pasará nada, porque yo me veré con él un día de estos. Y tú, escúchame; hazme caso; piensa en tu madre. Y no me huyas, por Dios, que aunque viejo y sin educación ninguna...

Siguió hablando. Como la muchacha no ofreciera resistencia alguna y llorara silenciosa, dolorosamente, él la dejó, pero continuó teniéndola cerca de sí, hablándole al oído. Le dijo que ya estaban arreglados los papeles para llevar a su madre al Hospital, que fuera a acompañarla, porque el estado de la enfermedad así lo requería y el médico se lo había aconsejado... Que había que tomar paciencia y aceptar las cosas como vinieran.

El reloj de pared, arriba, dejó oír cuatro cortas, argénteas vibraciones. Sintióse, luego, la profundidad de la noche.

XXIII

Hizo una mañana clara, pura, toda florecida de sonrisas de niño. Esplendía el cielo.

—Arre, burro...

La bestia iba andando lerda, pausadamente. Un oro tenue inundaba el camino. A un lado de la alta pared montañosa, brotaban los macizos de inodora asmonia, puñados de romero, brazos de alheña; del otro y sobre la pendiente —el camino fue tajado en la ladera de una sierra—, brotaban las espeltas, los cardos, el hinojo, lleno de íes griegas y de florecillas amarillas. Lejano, se oía el rumor de una torrentera. El aire traía un filo fresco, como de lluvia recién. Hermoso mundo, si la hora quedara detenida, en el fluir inacabable. Pero todo pasa y sólo queda en lo alto un signo de luz remota, para los que sueñan en Dios.

—Arre, arre...

El asno sacudió sus orejas y arreció un tanto el paso. Cantaba en una encina frondosa un pájaro y las gotas de su trino se disolvían en la transparencia y finura del espacio.

XXIV

Al anochecer, alguien que subía por el pinar estremecido de arrullos, oyó un gemido hondo en la barranca, unos gritos inarticulados. Aguzó el oído y a través del rumor de las copas y el de un regatillo cercano, escuchó el espeso gemir de un hombre. Preguntó:

—¿Quién hay?

—Soy yo... por favor... —respondieron.

Descabalgó el viajero y ató su mula al tronco de un pino. Luego, con cuidado, fue bajando la pendiente, pedregosa y rápida. Se iba ayudando de las ramas saledizas, de los arbustos, de las raíces que surgían, como sierpes, de la tierra. Llegó abajo, por fin. Un hombre rubio y joven intentaba incorporarse, pero cada esfuerzo que hacía ponía en su cara un vivo gesto de dolor.

—¿Tú eres?... ¿Qué te ha ocurrido, muchacho?

Él contestó con unos gruñidos.

—Ayúdeme... Arriba debo tener el rucio... Iba dormido; debió espantarse el animal y arrojarme pendiente abajo... ¡Uy!

El labriego, que era fornido, lo afianzó por la cintura y lo llevó, sin gran esfuerzo. Fueron a buscar la senda que se adentraba en el pinar y subía luego, sobre la barranca. La oscura

mente de aquel samaritano creyó lo que el joven le había dicho, pero, más tarde, conforme rumiaba la cosa, una vaga luz se le iba haciendo en sus adentros y una sospecha resultándole evidente

—Pero ¿cómo caíste? ¿Cómo caíste? ¿No te reñiste con alguien?

Germán Herreros hizo un esguince y el dolor se reflejó en su cara.

—Estoy molido —repuso—... ¿No le dije que iba durmiendo? Desperté ya rodando por las piedras... Uf, esta pierna.

Llegaron, por fin, hasta donde estaba sujeta la mula. Como pudo, alzó al herido y lo colocó a horcajadas en la silla. Con grandes visos de dolor, pero no menor firmeza, se aguantó el joven sobre ella. El otro desató a la bestia y llevándola de las riendas, comenzó a caminar, sendero arriba. A no muchos metros de allí hallaron al asnejo comiendo yerba y solazándose. Quiso el labriego tomarlo también del ronzal, mas su compañero se opuso y pidió que, por favor, lo ayudase a descabalgar y a subir sobre su rucio. Hiciéronlo así, no sin gran extrañeza del rústico. y de este modo, la entrada en el pueblo, aunque a avanzada hora de la noche, hízose sin nada que despertara la curioridad de las gentes.

XXV

Rozan las alas abiertas de los pájaros el aire dormido, inmóvil, de los campos. ¡Qué terso secreto, qué sereno destino, qué pura inmensidad de mar sin ondas guarda la mañana!... Detente: deja la rosa de tu vida reflejarse en el claro cristal del día; sueña un instante en esta hermosura quieta, en este mundo en éxtasis que espera tu palabra. Habla de modo que no agites las ondas misteriosas, que muerden el aire a bocados de espuma; de modo que tu voz no atraiga la rumorosa espesura de las sombras, tras de la cual camina la muerte; no llames a nadie, no grites, no trastoques la faz de las cosas. Habla de modo que tu voz se confunda con el sedoso roce de unas alas, en el fluir del agua, se haga aroma con el que exhalan las abiertas flores. Escribamos un susurro tenue,

algo casi imperceptible, que rodee el alma del que siempre escucha de un hálito de divina alegría. Vivamos, un instante, en la exquisita forma que labra el más puro amor. Sólo el aire nos rodea. Unamos el latido de nuestro corazón al latido del todo... Lentamente, será todo sonoro.

XXVI

Pesa el aire de la culpa como algo que llevamos a la espalda. Nos taladra una espina finísima, sin límites. También los bosques, las montañas; la altura que surcan lentamente las rosadas, malvas, enrojecidas nubes del crepúsculo; el horizonte todo está herido por una finísima aguja que va de Oeste a Este, herido para siempre. Por eso es triste el gorjeo del ruiseñor oculto en alguna espesura, el leve arco de oro de sus notas, roto en la sombra primera de la noche. Por eso el agua mueve sus múltiples labios rizados, sobre su corazón vacío, hondo, transparente. Caen las flores —gala de la tierra— en lentísima pausa y sus pétalos van a sumarse al polvo de la nada...

Caminaba el hombre lacio, fatigado, con barro adentro de sus músculos. Día redondo de trabajo. Los jóvenes toman al día, cual una naranja, en sus manos y la muerden y exprimen, gozosamente. Pero, cuando todo acaba, el día es una naranja de sombra, espesa, de tierra húmeda tal la que se descubre en los fosos.

Este año la cosecha no le daría nada. La clorosis había atacado la mitad de las cepas. Otra tierra estaba descuidada. Ya venía la vendimia —que en el pueblo representaba dinero— y llegaba hueca, hueca: las portaderas y cubos llenos de hojas, de hojas grandes y amarillas como manos de muerto, sin peso; hojas que se iban quedando secas y, al fin, crujían levemente, rodando por el aire... La chica escribía, contenta. Las aplicaciones de radium parecía que iban bien y hasta, creyendo verse sana, la enferma —su antigua amante— le había escrito unas palabras jubilosas de promesas. Teresa, al final de la carta, le enviaba besos. Un débil rayo de luz. Pero todo lo demás era espeso y triste. La cosecha se le venía encima y él estaba empeñado, cubierto de deudas hasta los

ojos. Curas de radium. Gastos. Envíanos comida. Hace falta algo de ropa. "Voy casi descalza, padre...". Padre: hermosa palabra. Pero él no era su padre, qué caramba. Quinientas. Mil. Dos mil. Tres mil pesetas... Billetes como hojas, tal los pámpanos secos que llevaba el viento... Todo, todo estaba taladrado por una finísima aguja, por una espina sin límites, de un extremo a otro de la tierra.

XXVII

Vino la vendimia. Las uvas, cargadas de grumo, colgaban opulentas. Las familias enteras salían al trabajo, desde la última hora de la noche, antes de aclararse el cielo, hasta la sonochada gris y húmeda, inmensa hoja que cubría lo alto. Los chicuelos ayudaban, llenando de racimos las pequeñas espuertas. Las mozas cantaban y su canción se alzaba entre los pámpanos: ligera onda de aire de oro. Los jóvenes les decían piropos y bromas; iban a la bota de vez en cuando para llenarse la boca de morado vino. Los más viejos trabajaban lentos, eficaces, taciturnos. Consideraban el peso de los racimos, medían con una mirada el total de cargas que darían las cepas. Cortaban cada racimo como a un puñado de monedas.

El encargado de llevar las uvas al lagar iba y venía, todo el jornal al lado de la caballería, canturreando en las pausas o fumándose un pitillo. En verdad que el vino era algo hermoso; allí todo el mundo se afanaba por él, cantaba, llenábase manos, labios y dientes de su zumo. El vino da más alegría que dinero. Toma un mozo un racimo todo de ámbar, levemente dorado, y lo pone, con una sonrisa, entre los labios frescos y rientes de una muchacha. Sopla un ligero viento que ciñe las delgadas telas a las piernas y bustos de las mujeres. El sol emerge —viejo dios de antiguas edades—, ilumina la bella escena campestre y sonríe, haciendo leves, tremorosos, sus rayos.

Pasa un pájaro a veces, en loco vuelo por el aire, y viendo su soledad invadida, vase a hundir en las retamas, tojos y espliego del bosque, o se posa, quedando inmóvil, en la rama de un almendro cercano.

La uva de las espuertas es volcada en las firmes y altas portaderas que han de cambiarse cada vez por las que trae, huecas, la mula. Aquí están plantadas en el suelo y aquí vienen a vaciar su recogida niños, hombres y mujeres. Cuando la uva llega a los bordes, se acerca el encargado y la hunde o apisona, a golpes de pesada péndula; es ésta una maza de madera, de maciza y gruesa base, no más alta de dos palmos, fina de mango, con un hueco anular en él para cogerla. La maza cae una vez y otra sobre los granos. Los racimos quedan prietos, ahondados, en algún punto cubiertos de espeso zumo. De este modo caben dos a tres cuévanos más en cada portadera. Algunas abejas y avispas, rondando los granos, son también aplastadas y sumidas en la dulce masa.

XXVIII

La cosa se supo vagamente: fue un pan de sombra repartido entre las bocas de los murmuradores. Volvían los grupos de la vendimia, al anochecer, cuando los vespercilios van rozando las suaves hebras de la luz última... Una extraña serenidad, un sosiego lejano, se han posado en las cosas. Unas mujeres cantan; las acompaña una voz de hombre, bien timbrada. Qué bella esta canción de vuelta, que se va percibiendo, cada vez más clara, desde la aldea; esta canción alegre, de amor, que viene de los montuosos senderos en la azulada hora que viste de ensueño el espacio y se va deshaciendo, tenuemente, en el aire, cual una espuma intocable... Alguien se acerca al grupo y dice: "¿No sabéis...?". Y explica, ante el asombro y repentino silencio de todos, que Ignacio ha sido encontrado dentro de un pozo, muerto. Los motivos no se saben. Se supone que quedó en la miseria y, desesperado, dio fin a su existencia. Cantan en el campo los insectos. Treme, en lo inmenso, el celofán sonoro de los élitros. Susurra —no se sabe dónde— un agua que huye entre piedras y remota luz. Se habla también del otro, de Germán Herreros: ha vuelto a la ciudad. Se asegura que se halla en tratamiento y que no andará bien si no con ayuda de muletas. Sombras; palabras enzarzadas; suposiciones; augurios; la ira de Dios, descargada en aquel hombre jugador, borracho, violento, que, según lenguas dicaces, amó a su hijastra más que a su

esposa y por eso no consintió jamás en el noviazgo de los jóvenes. Alguien dice: "¡Pobre muchacha...!" Todos callan. Se oye, en los olivos del fondo, el "chuut", "chuut", solitario, distante e isócrono, de una lechuza. Ya pesa el silencio. El aire es más hondo y a su través —como al través del agua de un mar, al véspero— no se llega sino a un fondo borroso, por donde pasa una sombra, o fulge una diminuta, redonda, diamantina estrella.

XXIX

Llegaron, madre e hija, al atardecer del día siguiente, en un automóvil cerrado, lujoso, negro. Las vieron pasar la calle, ambas con la cabeza inclinada; la hija ayudaba a la madre a caminar, le susurraba algo al oído, tal vez animándola. El aire era espeso y traía olor de establos cercanos. Hallaron al hombre increíblemente largo, cubierto con una sábana, en la cama. Hervía, tenuemente, el rezo de unas mujeres en la sala de al lado: se percibía el murmullo de las oraciones, como algo lejano y a la vez próximo, en el silencio de la tarde cubierta de sombra. Juana quiso verle la cara y descubrió el borde de la sábana; se oyó un grito terrible, agudo, que salió, tal un rayo, de su garganta. Entre Teresa y dos mujeres que entraron, pudieron separarla del muerto y dejarla en una silla. Oyéronse otros gritos, gemidos, llantos convulsos. La estancia mortuoria llenóse de figuras negras, delgadas, algunas encorvadas y lentas de gesto. Estalló ahora, compungido y tenue, el otro llanto de la hija. Durante unos minutos, reinó una triste confusión. Pero pronto vino una tacita de tila, agitada por una cucharilla argéntea, que sonaba cada vez que tocaba los lados. Otras manos encendieron luces votivas. Otras, tersaron el aire, conmovido de tanto vagido. Abriéronse ventanas y pronto circuló un soplo suave, fresco, cual una caricia de Dios en los rostros de las afligidas. El cadáver quedó solo, rígido y blanco, velado de nuevo. Brotaron palabras, unas de consuelo, otras de preguntas, de respuestas, todas dichas por labios mollares y rectos; un caudal ajado de vieja ternura humana, desbordado, como tantas veces, en torno de la muerte.

XXX

Lloviznaba. La tarde habíase cubierto de espesos, sombríos nubarrones. Esperaban los hombres a la puerta. Tañían las campanas lentas, falsas, tocando a muerto. Dos cuervos, ajenos a lo humano, describían lentos círculos sobre la aldea, graznando. Ya se acercaba el cura con los monagos, uno de los cuales tintineaba un metal. Los hombres quitáronse las gorras y cuajó el silencio unos instantes. Sostenían cuatro de ellos sendos hachones encendidos, en torno del féretro; algún pabilo chisporroteaba. Cayó una gota de cera sobre un zapato ancho y descosido. Comenzó el cura a decir sus latines; respondía, en algún punto, el monago mayor, con voz ininteligible. Cogió luego el cura el hisopo y arrojó gotas de agua bendita sobre el ataúd; algunas sonaron sobre la madera, tal gotas de lluvia. Luego cerró el librillo, caló el bonete y encabezó la marcha al templo, entonando con voz gruesa el **Dies irae.** Los hombres, a dos filas, le siguieron. Venían detrás los que llevaban las hachas y el féretro. Al fin, una masa vaga de mantos y telas negrísimas, de la cual surgían ayes, hipidos, un gemido continuo, un lamento sin fin sobre la tierra húmeda.

El cementerio no distaba doscientos metros del caserío. Era pequeño, casi cuadrado, de bardales medianos, todo invadido en su adentro de arbustos y de hierbas. Unos eucaliptos cantaban, tenuemente, a su puerta, en un estremecimiento continuo de sus largas y finas hojas, agitadas por el viento. Una cruz de hierro oxidado presidía la paz del lugar. Allí fue llevado, al término de las ceremonias —incluida la del pésame—, el ataúd en que reposaba para siempre un hombre oscuro, violento, tal vez lujurioso, a quien todos trataron y nadie conoció.

Sombras de la noche, vosotras que arañáis la tierra de su tumba, que os recostáis en las espeltas que la cercan, decidme quién fue y cómo obró aquel desventurado ser.

XXXI

Llegaron las primeras, las filenas lluvias del otoño. El aire se hizo fresco y traía de los bosques una vaga menta

diluída. Las grandes arañas de la niebla bajaron en rebaño, cordillera abajo. El cielo era de un algodón sucio, inmóvil, aburujonado. Sonaba el agua continuamente; se volcaba en arroyadas sobre los barrancos; bajaba turbia, de color amarillo verdoso, arrastrando en su superficie trozos de caña y hojas caídas de los árboles. En las calles del pueblo saltaba de las gárgolas y canales, en un chorro curvo y poderoso, que, al caer al suelo, salpicaba y desnudaba las guijas un espacio. Se extendía el tenue reinado del agua noche y día, y aquel rumor velado, infinito, recogía las almas en sí mismas, las concentraba, luego de la disipación vana del estío. En algún hueco de paz y de silencio súbito, delicioso —cuando la lluvia cesaba— volvían los pájaros a surcar el aire limpio, desnudo, en el que todo renacía.

XXXII

He venido del bosque y todavía traigo pegada a la frente, cual una hoja húmeda, la caricia del aire fresco de la madrugada. Solitario y ruinoso bosque en que los tojos y las espinosas zarzas han conquistado, poco a poco, el verde y tierno reino de los pinos. Abandonado bosque en el que, a través de los blandos y leves espacios de hojas caídas, aparecen las setas, tal minúsculos paraguas rellenos de sedosa guata: ocres, violados, sanguinolentos, blancos —de una blancura muerta, violenta—, ya entre las piedras negruzcas, ahogados en el alhumajo, escondidos en los fragorosos brotes del pie de las encinas... Callado bosque sin pájaros, semejante a un silencio limitado por hojas o rocío; silencio amurallado de frescas maderas.

Por la claridad alta, zarca, han llegado dos solitarios cuervos, dando de vez en cuando sus secos y estúpidos graznidos. Han descrito un levísimo y ancho círculo doble en el espacio y han desaparecido tras de las montañas, oyéndose —muy levemente ya— sus gritos menudos y vacíos, tal de dos almendras fofas —crac, crac— rotas y caídas por el aire.

XXXIII

Se llamaba Rosa y, por un contraste feroz, por esa ironía

cruel que a veces hay en las relaciones del verbo con las cosas, aquella mujer era la más sucia, deshilachada y rota, del lugar. Vivía a solas (¿quién habría de morar con la lijosa?) en una de las últimas casas en ruinas que separaban al pueblecillo de la sierra. Se la veía ir sola, camino de los barrancos y hondonadas, para procurarse su haz de cañas, de raíces o de frasca abandonada. Su enorme falda, siempre la misma desde hacía años, iba renovando su color y su brillo en los remiendos, pues tela que hallaba, tela que se cosía encima, en algún lugar desentramado, llenándola así de cuadros y ventanas multicolores, absurdas. Otras veces se iba a la fuente con una cantarilla a la cabeza; y allí, sobre un rodete mugriento, la sostenía todo el camino, no sin cierta gracia en el andar, sin derramarla una gota. La cara de Rosa, llena de arrugas, tenía la color de la tierra que saca el arado de los surcos: entre rojo y moreno húmedo. Bajaban de su frente a los lados dos bandas de hilosa plata.

Solía decir ella que su corazón era joven y que esperaba a su Martín, pedigüeño de oficio como ella, el cual vendría al pueblo para que Mosén Julián, el cura, los casara. En efecto, algunas mañanas, aparecían unos geranios, frescos y rozagantes, en las ventanas de la mísera vivienda y salía de sus adentros un olor a suelo barrido y mojado que hacía pensar, un instante, en el alma de aquella mujer revestida de andrajos.

—Y el Martín, ¿qué? —le preguntaban, maliciosas, las vecinas.

Y ella, con voz clara y decidida, refería entonces sus proyectos: él iría al jornal, su Martín, mientras ella saldría todas las mañanas a "recoger la caridad" en los pueblos vecinos. Vivirían como ángeles... "Tengo el corazón joven", era la cantilena de Rosa. Y resultaba agradable observar que, de aquella figura podrida y llena de pliegues, cual un hojaldre de desechos, brotaba todavía un soplo de humanidad estremecida por el amor, de juventud insospechadamente tocada del deseo...

Y pasaba el tiempo y Martín seguía siendo su novio esperado, un hombre sin figura, sólo sustancia de las manías de la vieja. Y Martín no vendría nunca (¿quién sería este Martín?) y nadie lo conocería, pero la bruja con corazón de novia lo esperaría siempre, noche tras noche, día tras día, y por él pon-

dría unos geranios olorosos en la ventana y barrería el umbral de su casa y tendría un motivo para hablarle al cura y sacarle una limosna, cuando menos...

XXXIV

Por aquel tiempo vino al pueblo una compañía de aficionados al cante y baile. La compañía, pomposamente titulada "Hermanos Bautista", se componía tan sólo de cuatro muchachos, el mayor de los cuales acababa de salir de quintas, y una chica delgada, triste, de larga cabellera bruna y ojos rodeados de un profundo gris.

Los vi actuar en el teatrillo de la aldea, a través del aire viejo y dorado de unas cuantas bombillas eléctricas y el humo de los cigarros. El directorcillo y otro joven se las arreglaban, con un clarinete y una guitarra que casi no sonaba, para acompañar de música los bailes. En los intervalos, el primero se erguía y estirándose la negra chalina, contaba algún chiste al público, con la voz más retorcida, falsa y gangosa que podía, un chiste de nula o dudosa gracia, pero que promovía, al fin, una distante carcajada de mujer cuarentona.

De los dos bailarines, era uno gitano y cenceño, casi adolescente, esbelto como un mimbre, con unos ojos grandes que miraban fijamente, con desplante, y cabellera tan abundante que dudara uno, al pronto, si se trataba de doncella o doncel; duda que desvelaba el torso plano, ancho, con un asomo de vello (a causa, sin duda, del escaso vestuario, salían los artistas semidesnudos al escenario), su taconeo fiero y varonil, a veces tremebundo, y su voz, su voz honda y grande, que, en ocasiones, se alisaba en un rumor de frondas bajo la luna o tomaba la suavidad, dentro de su boca, de un ala de bronce estremecida.

No recuerdo el nombre de este bailarín, ni sé si hoy habrá llegado a ser algún famoso artista. Él era el compañero de baile de "Flor de la Soleá", que así se hacía llamar la única componente femenina del conjunto. Oí decir a unos hombres que, en un pueblo vecino, habían enterrado días antes a un hermano suyo, cuya vida se disipó en algo más de una semana. Por eso, quizá, ella bailaba impregnando sus lentos movimientos de tristeza, doblando su cuerpecillo, no más

ancho que un lirio, en el cual apuntaban dos senos que cabrían cada uno en la mano de un niño. Al arrebato de la danza, su cintura se tronchaba inverosímilmente a veces y, sobre su cara, a un lado de los hombres, caía el ramalazo negro de su pelo. Atendía luego, silenciosamente, al burdo rasgueo de la guitarra, respondiendo de una manera extraña con sus crótalos, en tanto el bailarín enjuto, de ojos de mujer, la perseguía, describiendo pequeños y apalomados círculos, moviendo en el aire sus delgados brazos y chasqueando los dedos.

"Flor de la Soleá" llevaba una falda negra abierta por uno de los lados y cuando, obedeciendo al ritmo de la danza, describía un giro, una pierna más blanca que morena, fina, bien moldeada, se le descubría por entero, hasta una curva rosada. Los ojos de los hombres la asaeteaban entonces. El alfeñique taconeaba con brío, levantando fuego en sus ojos grandes y algo de polvo en torno de sus pies. Mas ella no miraba a nadie ni a nada; seguía doblando su cinturilla y ofreciendo al aire sus fatigados senos. Quizá pensara en el hermano ido, en sí misma, en algún joven de los cuatro que la rodeaban, que la perseguían, en tanto la guitarra y el clarinete esparcían en el salón los sones pobres de un pasodoble torero... Yo sé muy bien, en la mente de cada hombre, esta muchacha, esta ligera flor, lo que representaba. Alrededor de su blanca y leve figura, yo oía una tosecilla seca, bronca, como causada por el polvo que se alzaba del mísero tablado; una tosecilla seca que tronaba confundiéndose con el chasquear de los dedos y el repiqueteo de las castañuelas.

XXXV

Las tardes de otoño guardan un no sé qué, un algo desvanecido en sus entrañas, tal esos cielos deshechos en jirones andadores de niebla... Propicias a la rememoración, son acogidas con agrado por el espíritu, cansado de vivir tan adherido al presente inacabable. Vencimiento, lasitud, que se comunican, tal un silencio de amor entre jóvenes amantes. Dolida y sin alas surge entonces la palabra del poeta, ahita ya de vuelos, buscando un refugio para todo lo que encierra... Y,

de momento, en torno nuestro, extrañamente, se ha quedado mudo todo, mudo, cual si estuviéramos viéndonos a nosotros mismos dentro de un sueño, donde la vida late, ajena, entre absurdos e interpuestos cristales.

XXXVI

Murió por aquellas fechas la madre. Quiso ser enterrada junto al hombre que amó. Tenían las mañanas un aroma de crisantemos laxos, vencidos en un sueño tristísimo, sobre el agua clara de un vaso. Días vacíos, inmensamente vacíos; desolados. Vivir en el hueco de todo, hasta en el terrible hueco de una misma. Suena el agua. Caen, lentamente, las hojas ocres y secas, de las ramas de los árboles y el viento las esparce... Algunas quedan flotando en chortales y badinas. La tristeza fluye por todas las ranuras del mundo. Los pasos de la muchacha resuenan en la casa sola, inmensa. Muy lejos —en el pueblo vecino— suena un reloj de torre: se oyen las campanas, tenuemente, a través del aire quietísimo. El tiempo sigue.

XXXVII

He vuelto, muchos años después, a la aldea. Conforme voy aproximándome a ella, compruebo que todo sigue igual (iba a decir eternamente igual); las laderas de viñas y de almendros; los olivos, esparcidos por llanos y hondonadas; el cielo alto, puro, por el que pasan ahora dos inmóviles cuervos, y el silencio, un silencio vasto que me recibe, un silencio profundo que me sorprende...

Atravieso las calles de la aldea; saludo a las antiguas personas conocidas, que salen al umbral de su casa, me sonríen y preguntan mil cosas sin importancia. Fumo un cigarrillo con los payeses, que me hablan de lluvias, de cosechas, cacerías, muertes. Yo no me atrevo a preguntar por ella. Recuerdo que por esta misma calle la vi un día, que me miró con sus grandes ojos de negrísima pupila; caminaba despacio y llevaba una sencilla veste de silencio... ¡Qué hermosa era! Me despido de

los amables payeses; me voy solo hasta la fuente, que hallo más frondosa que nunca y con el mismo rumor, lento y perlado, del agua que mana. Allí están los álamos, los altos y viejos álamos, con el mismo tembloteo en sus hojas, bajo el azul hondo —un puro fulgor— de la mañana... Van y vienen los pájaros del campo a las retamas y zarzas, ahora en flor.

Vuelvo a atravesar el pueblo. Me dirijo, dando un paseo, a su casa. La hallo cerrada. No debe de haber sido habitada desde entonces. El silencio es intenso, profundo, a su redor. Lío un cigarrillo y lo enciendo. Me voy, lentamente, a la sombra de las próximas acacias... Aún me pesa, tal el de un mundo extinguido, aquel silencio. No puedo olvidar aquella impresión de algo herméticamente abismado en la nada. No tiene voz, está infinitamente muda aquella casa y, sin embargo, ¡cuántas cosas me dicen sus paredes casi en ruinas, aquellas ventanas cegadas, los viejos escaños de su portal, ahora invadidos de muscíneas!

HUIDA AL INFINITO

Me llamo Benigno Cayo Benéitez, así como suena. Benéitez y no Benítez... ¿Fuma usted? Es tabaco malo, pero no tengo de otro, qué se le va a hacer. Pues mire, la historia que voy a contarle es algo increíble. A veces me parece un mal sueño que tuve, dentro de unos ojos grandes, grises y vacíos.

Me hallaba yo en el frente y, un día, pensé lo que pensé y me dije: Ahora me voy a casa; y aquella misma noche me escapé, sin pedir permiso a nadie... A mí me han ocurrido muchas cosas en esta vida por ser como soy, ¿me comprende? En fin, que ya iba de camino para el pueblo, luego de tres días de marcha, tremendamente cansado, cuando me encontré con un asno en un solitario campo. Pronto me di cuenta de que aquel asno no tenía dueño, en ninguna parte se veía al amo, así que pensé: Ahora monto en el burro y me lo llevo a casa; ya lo devolveré cuando regrese.

La verdad era que ya no podía con mi alma y que me crujían los huesos; las plantas de los pies las tenía hinchadas, talmente que me ardían y para llegar a mi destino faltaban aún unos cincuenta kilómetros; conque me subo al asno y arre que te arre, qué contento iba, orilla de la carretera.

Ya acababa la tarde —esta hora sería, poco más o menos—, cuando me encontré con una muchacha, que cubría sus hombros con una especie de chal o manteleta. Al llegar a su altura, me di cuenta de que ocultaba a un crío entre sus brazos. Sin pensarlo, bajé del pollino y la invité a subir. Ella aceptó, muy complacida, y fuimos así conversando todo el tiempo. Me contó que aquel niño era suyo, hijo del amo de la casa donde servía y que no tuvo otro remedio que salir de allí, para evitar el escándalo. Tan grande fue el apuro que sentía y tanta la confianza que depositó en mí que, al contármelo, sus ojos se llenaron de lágrimas. Le pregunté los años que tenía y me contestó que acababa de cumplir los diecisiete, aunque yo

pensé que tal vez tuviera menos, pues la encontraba aniñada, vaya usted a saber.

Como soy bastante charlatán, intenté alegrarle el ánimo con varios chistes e historietas y también le conté cómo vivíamos en el frente, con tantos piojos y pulgas que la ropa sucia que nos quitábamos para lavar se ponía a dar saltos por el suelo. Estuvimos de palique más de dos horas y llegó un momento en que ella me rogó que nos detuviéramos porque había de darle de mamar al crío y entonces le dije, un poco en broma, que yo también estaba muerto de hambre, porque hacía casi dos días que no me echaba nada a la boca. Como, además, la noche se nos venía encima, nos desviamos de la carretera y bajamos a un tranquilo hondón de hierba, entre unos pinos... Buscamos el lugar más apropiado para descansar y allí dejé el borrico suelto y extendí las dos mantas que llevaba sobre el seco alhumajo.

La muchacha me dijo que se había traído comida para dos o tres días y me alargó el cenacho donde lo llevaba. Sentada en el suelo y apoyada en el tronco de un pino, desabrochó su blusa y fue sacando con cuidado un seno repleto que le goteaba y cuyo pezón colocó en la boquita ávida del niño. Con la mano sostenía y a la vez procuraba esconder el seno, aunque yo, con el hambre que traía, ya bocadeaba un trozo de queso y sólo me preocupaba de cortar el pan con la navaja. Le aseguro a usted que jamás comí tan a gusto... Como no teníamos ni una gota de vino, caminé hasta un regatillo próximo y llené la cantimplora de agua fresca, de la que bebí un trago.

La pobre chica apenas si tenía fuerzas ni ánimos para probar nada; me miraba, sonriente y agradecida. A la hora de dormir, nos cubrimos como pudimos con las mantas y ella puso al niño entre nosotros, pero al ver que de este modo la manta no nos alcanzaba y también para no helarnos de frío, acordamos sin cruzar palabra el dormir espalda contra espalda y así nos resguardamos del fino relente. No es que fuera una noche muy fría; aquello debió de ocurrir en abril o a principios de mayo. Tan cansado y rendido me encontraba que luego de fumarme un cigarrillo me quedé dormido.

Amaneció chispeando; unas gotas habían quedado prendidas, como el rocío, de las verdes agujas de los pinos. Daba gusto respirar el aire de las sierras. Mientras aparejaba

el burro, la chica dejó al niño cubierto con las mantas y se vino a mi lado. Me dijo que yo era una buena persona y que estaba muy contenta, por lo que —tocándome en el brazo y mirándome de un modo intenso al fondo de los ojos— podía disponer de ella en lo que gustara. Yo, la verdad, no acabé de comprender muy bien lo que quería, aunque algo ya me iba barrenando los adentros.

Me llamo Benigno Cayo Benéitez, que no Benítez, ¿sabe usted? Yo no tenía malicia alguna... No debí de responderle como ella esperaba, el caso fue que, sin saber el motivo, se echó a llorar desconsolada; entre hipos y lágrimas me rogó que no la confundiera con cierta clase de mujeres y que, por lo que más quisiera en este mundo, por mi madre, que le hiciera un último favor... ¿Cómo se iba a presentar en casa de sus padres con aquella criatura en los brazos y explicarles que la tuvo por abuso del amo? No la creerían, imagínese la vergüenza que iba a pasar y no sólo la vergüenza, sino el runrún y la comidilla del lugar, además de la paliza que le iba a dar su padre, pues de seguro que le rompería dos o tres costillas.

La chica me abrazó y me suplicó que no la abandonara en aquel trance y me besó en la cara y en la boca, llenándome de lágrimas. Pero muchacha, le dije yo, ¿qué culpa tengo yo de todo esto? ¿Cómo quieres que te resuelva este lío? Muy sencillo, me contestó, vente conmigo a casa de mis padres. Les diré que eres mi marido, que estás de permiso y que has de volver al frente dentro de unos días, así nadie sospechará nada y tú te vas luego tan tranquilo... Lo importante es que nadie sospeche lo ocurrido; más adelante, ya me las arreglaré yo sola.

La verdad fue que no me lo pensé dos veces y le dije que bueno, que ya veríamos en qué terminaba todo aquello. No veía muy claro en sus intenciones, pero como Benigno es como es y no piensa nunca en las consecuencias, ¿sabe usted? pues que voy y le digo que no llore más, que podemos ponernos ya en camino, advirtiéndole que no permanecería en su casa más de una noche y eso sólo por sacarla del apuro en que se encontraba.

Le pregunté por su familia y me dijo que su padre se llamaba Pedro Celestino y que su madre se llamaba como ella, Natividad, aunque todo el mundo le decía Nati, y que tenían una casita y un aparte de bosque en la montaña. Su padre era muy pobre y vivía de la leña y de un pequeño rebaño, así como

del cultivo de un huertecillo.

Llegamos a la montaña, en cuya falda se esparcía un humeante caserío, a la puesta del sol. La chica me presentó a sus padres y nos sentamos cerca del lar. Pedro Celestino miraba al fuego de troncos, arreglando las brasas y encendiendo, con un tizón, un grueso cigarro de picadura. Pensé que aquel hombre estaba enterado de todo y que quizás hubiese caído en una trampa. La madre, mucho más joven que el padre, sí que me miraba con una sonrisa un tanto divertida; cogió al niño en sus brazos y empezó a besarlo y hacerle arrumacos como si fuera suyo.

Al poco tiempo ya parecía haber pasado toda la tensión. Nati era feliz y se movía a sus anchas por la casa, contenta de que sus padres hubieran aceptado a "su" marido y al niño. El suelo de la cabaña era de barro y daba todo una impresión de abandono, de pobreza. Las sillitas de anea, una mesita con un hule sucio, un saco entreabierto de colinabos, esportillas vacías, hierbas secas colgando de una viga, una alacena con puertecillas de red de alambre, haces de sarmientos junto a la chimenea... Pedro Celestino empezó a preguntarme de dónde venía y cuál era mi trabajo, en lo que no le mentí, pues era campesino como él.

Acudieron a poco mozas de la vecindad, amigas de la Nati, con grandes risas y muestras de alegría y todas quisieron ver al niño y lo tomaron en sus brazos. Algunas de ellas me besaron y otras me sonrieron, como si me conocieran de toda la vida. Me quedé sorprendido cuando aseguraron que la criatura se me parecía mucho y que su nariz y sus ojos eran propiamente los míos, más que los de la madre. Sacaron una bandeja de pastas y vino viejo y yo bebí algo más de la cuenta y empecé a referirles historias de la guerra y de cómo un amigo mío, que vio caer una granada en la trinchera, apenas tuvo tiempo de cogerla y de lanzarla afuera, a unos metros de distancia, de manera que la explosión se le llevó los dedos de una mano y un ojo.

Al fin llegó la hora de irnos a descansar y subimos por una escalerilla a una habitación. El techo, inclinado, de vigas pintadas, me daba en la cabeza y había de agacharme para asomarme a una pequeña ventana que daba a una corraliza, cosa que hice calculando rápidamente la posibilidad de una repentina huida. En la habitación no había más que una silla

alta, una mesilla y una cama muy grande, bajo el ángulo donde el techo era más alto.

Ya sé en qué está usted pensando... Le aseguro que, en un principio, quise respetarla. Tenía miedo de que se descubriera todo aquel enredo, pero la chica me mostró su agradecimiento y empezó a besarme, no sin cierta avidez. Nunca me había acostado con una chica así, tan joven. Verdaderamente, Nati era hermosa. Sus ojos me miraban llenos de luz y sus labios eran como una rosa apretada y húmeda.

Ya en las primeras lumbres del día recuerdo con qué abandono Nati le daba el pecho al niño, en tanto que yo, sin prisas ni inquietud alguna, la besaba en el cuello, en los ojos, en la boca, y la poseía, la poseía por segunda y tercera vez, suavemente, como si Dios me la hubiera dado para siempre, cuando se filtraba por los nudos y rendijas de las viejas maderas un resplandor de miel.

Terminado el desayuno, Pedro Celestino me llamó y me pidió que me fuera con él al monte, por un poco de leña. Acepté contento, porque me apetecía algo de ejercicio. Caminamos durante más de media hora, seguidos de dos perros, el uno negro, de pelo rizado y lanudo, y el otro grande, un perro pastor algo gruñón. El hombre, por distraerme, me fue contando historias: la vez en que toda una familia, no lejos de allí, apareció muerta, por comer setas entre las que debió de haber algunas venenosas. Hasta los perros perecieron por lamer la cazuela... "Hay que conocerlas muy bien". Y prosiguió hablándome de las diversas clases de setas que se criaban en aquellos parajes.

Observé cómo el viejo hacheaba un tronco; lo iba descortezando, puliendo, hasta dejar su cuerpo amarillento y largo. Los perros, tendidos en la hierba, con la lengua fuera, apenas sin huelgo. Los golpes del hacha se escuchaban, aislados, en el aire de la montaña: **tac, tac, tac...** Un vientecillo suave y fresco desentrañaba las masas de salvia y de romero, las copas de los pinos... Una paloma torcaz aleteaba entre las ramas y allá, en lo hondo de la mañana, se oía un menudo gorjerío.

Cuando volvíamos a casa, cargados con un fajo de leña, vi salir por la puerta a una mujeruca vestida de harapos, con un pañuelo en la cabeza, quien nos hizo una seña, muy son-

riente. Pedro Celestino no la miró siquiera. A poco, había desaparecido entre las breñas del bosque.

Al entrar en la casa, advertí sobre la mesa unos manojillos de hierbas, atados con espartillo. Nati vino a secarme el sudor de la frente, mientras su madre, al vernos juntos, sonreía.

Me intrigaba aquella mujer, la madre de Nati, créame. Tenía unos ojos que sorprendían al pronto; parecía que no te miraban y te encontrabas dentro de ellos: dos círculos grises y claros en los que se transparentaban el aire, el sueño, el fin de la tarde. Yo hacía mis cálculos: "Pues no debe de ser vieja esta mujer; si su hija dice que tiene diecisiete años...". Su marido, aunque se conservara enjuto y ágil, seguro que pasaba de los sesenta. En una ocasión me ocurrió que la mujer me abrazó y yo, sin darme cuenta, a través de la tela rota del vestido, toqué una espalda desnuda, fina, todavía más fina que la de su hija.

Tenía que haberla visto usted amasar la harina, golpear las tablas, en aquella semiluz y aquel espolvoreo, entreabierta la blusa, llevándose una mano detrás de la oreja para arreglarse un mechón de pelo... Yo llegué a pensar si todos aquellos gestos los hacía de modo natural o porque se daba cuenta de que yo no le quitaba los ojos de encima, contemplándola con admiración y asombro. Y otra cosa: le juro que aquella mujer no llevaba nada debajo de la blusa; lo sentía muy bien cuando ella, cariñosamente, me abrazaba y me besaba, como a un hijo.

Luego de comer me sirvió una tacita de hierbas, con bastante azúcar, asegurándome con una sonrisa que aquello era bueno para reponer las fuerzas. Volví a repetir de aquel oscuro brebaje al acabar la cena. Sin duda alguna, aquellas hierbas poseían un poder maléfico, porque me proporcionaban sueños deliciosos, pero fíjese bien en lo que le digo, en todos aquellos extraños sueños yo amaba a la madre y cuando me despertaba sin tener conciencia del tiempo transcurrido, era ella misma la que me pasaba una mano por el pecho y se inclinaba sobre mí, diciéndome en un susurro: "Mi joven Pedro Celestino...".

Ella me decía que Nati se había marchado con su padre, a llevar los rebaños al monte, y que nos encontrábamos los dos solos, con excepción del niño, que dormía en la cuna. Me

miraba con ternura, me acariciaba y volvía a decirme, en voz baja: "Mi joven Pedro Celestino...". Supe entonces de un desgraciado accidente que sufrió su marido, hacía ya más de diez años, hallándose solo en el monte, con la niña, un disparo casual de escopeta. Me dijo también que su hija era muy feliz y que lo comprendía todo y que allí tendría siempre una casa, unos padres y una esposa, si volvía cuando la guerra acabase... Lo dijo de tal forma que yo pensé que ella estaría esperándome siempre y que jamás ningún hombre podría encontrar en el mundo una felicidad más completa.

Me estaban sucediendo cosas muy raras. Me acostaba con "mi" mujer, gozábamos durante largas horas de la noche y al despertar ella ya no estaba junto a mí —se había marchado, con el viejo y las cabras— y su madre me colmaba de caricias...

Una tarde, madre e hija discutieron por no sé qué y la madre gritaba que por culpa suya su marido había quedado inútil para toda la vida y que aquello no era cumplir lo prometido y que más le valiera el haberse quedado en casa del amo; exasperada, llegó a empuñar un cuchillo, saliendo tras de su hija al bosque... Yo no tenía fuerzas para nada. No me encontraba bien. Apenas si podía razonar. Tenía como una niebla en la cabeza y no podía recordar en qué circunstancias llegué a la casucha, ni cuánto tiempo hacía de ello... El hacha resplandecía en las manos del viejo, la hija y la madre discutían, cada cual se acusaba de una oscura desgracia, la madre alzaba airadamente el cuchillo y yo murmuraba palabras sin sentido.

Al despertar, me encontraba junto a las dos mujeres, las dos desnudas, una a cada lado. Nati me pedía que fuera más cariñosa con ella; la madre me pasaba la mano de suaves dedos por la frente, susurrándome al oído, de forma que nadie más pudiera escucharlas, las mismas palabras que me dijo el primer día. Cierta vez, caminando solos por el bosque, me preguntó el viejo: ¿Por qué te llama mi mujer Pedro Celestino?

Yo no sabía que Pedro Celestino, con el hacha al hombro, era la imagen de la muerte en aquellos lugares. Una tarde en que, no recuerdo por qué motivo, me encontraba solo, pensé en escapar a la aldea; y así lo hice. Todo allí era viejo y sucio y en el suelo podían observarse boñigas y restos de paja.

En ninguna parte pude hablar con seres humanos; no obstante, mirando a las ventanas, me pareció ver a hombres jóvenes como yo, el rostro tras el cristal, pálidos, tal vez enfermos. Uno de ellos quiso sonreírme y saludarme con un gesto, pero fue desapareciendo en el fondo de la estancia.

Ya de regreso, perfilándose en el cielo rosagrís, inmenso, de la tarde, vi caminar a varias muchachas que se alejaban de la aldea, llevando a un niño en sus brazos.

La cabeza me daba vueltas, pensaba en cosas horribles, y las fuerzas me faltaban, como si hubiese envejecido repentinamente. Seguro estoy de que aquella aldea no existe en los mapas, pero yo la he visto... Allí no había campanas ni iglesias ni nada que recordara el tiempo.

MEMORIA DEL SILENCIO

El objeto que mayor encanto prestaba a mi casa era el piano de mi hermana. Lo compraron mis padres para complacerla en su cumpleaños, aprovechando la ocasión de haber vendido una casita de planta baja con patio enguijado y limoneros, que poseíamos en la falda del castillo de San Fernando.

La tapa del piano era tan pulida que podía reflejar un ramo de rosas, como un espejo. Aquel fue el palacio encantado en el que mi hermana, poco más que una niña, abrió la puerta a sus primeros sueños, alzó al aire palomas de cándido vuelo, cascadas de alegres notas, logrando interpretar de modo plausible obras como "Invitación al vals", de Weber o la "Serenata" de Tosselli... Todavía me parece recordar el encanto de su voz, la música suave como un trigal que acaricia el viento del atardecer, hasta extinguirse en un silencio profundo y nostálgico. Mis padres se encantaban oyéndola y sin duda pensaban que mi hermana se transfiguraba en un ángel o en una criatura prodigiosa, capaz de modificar la realidad con el roce leve de sus dedos.

El piano fue, en aquellos sombríos años de la postguerra, la primera de las víctimas. Mi madre tuvo que entregarlo al dueño del inmueble que ocupábamos a cambio de unos meses de alquiler, no recuerdo cuántos. Al llevarse el piano de la casa advertimos, de pronto, la magnitud del naufragio. Paredes y ventanas nos parecían mudas, el silencio pesaba como una alfombra de plomo, el corredor de la casa terminaba allá en la nada, al entrar en una u otra habitación tropezábamos con infinitas plumas de sonidos muertos... Entre los bienes perdidos en la guerra, debo anotar la ausencia del piano, sin el cual mi hermana ya no se atrevió jamás a soñar despierta.

Las alhajas de mi madre fueron la segunda de las víctimas. Caminaba mi madre por la calle, toda llena de ver-

güenza, escondiéndose para que nadie la viera, hasta llegar al domicilio de un joyero a quien mi padre consideró siempre como un amigo. Lamentándose de las circunstancias que atravesábamos, el joyero nos compró las alhajas por su simple peso en oro, asegurando a mi madre que sólo lo hacía por tratarse de personas a quienes apreciaba mucho. Así, por cantidades realmente exiguas, el pequeño tesoro familiar fue desapareciendo de nuestro hogar, hasta los cubiertos de plata de la abuela. (Durante la guerra —según confesó a mi madre la misma esposa del joyero— el miserable comerciante escondió en el campo, enterrándola bajo un árbol, una bolsa llena de valiosos objetos, para que no se los robaran; la gente murmuraba, quizá con razón, que eran objetos de saqueo y de requisa, comprados a bajo precio a los milicianos y que con ellos pudo cimentar más tarde una considerable fortuna). Sin el oro y la plata de las viejas prendas heredadas, las luces de mi casa quedaron sumamente empobrecidas y mi madre se acostumbró a caminar por aquella fría oscuridad, musitando los rezos que aprendiera de niña. Con mi padre en la cárcel, sin el piano y sin alhaja alguna, fuimos regresando a edades más elementales y primitivas, en las que sólo el rumor del mar hablaba con los hombres.

El más humilde y entrañable de los bienes que fuimos perdiendo fue la lana de los colchones. Día tras día y cuando no teníamos nada con que llenar la cesta de mi padre, mi madre descosía el borde de un colchón y sacaba a puñados los burujos de lana. Yo los llevaba a vender a una tiendecita de la calle de Labradores. El dueño, sin decirme nada, vaciaba la lana de la bolsa y me daba unas pesetas. Realmente, se podía dormir en un colchón con la mitad de la lana y aún con menos; todo consistía en acurrucarse y en echar encima de la manta, en lo más crudo del invierno, la ropa misma que uno se quitaba al desnudarse: el abrigo, la chaqueta, hasta los calcetines... y escuchar el silbido del viento en la ventana oscura. Las camas se iban quedando como nuestros estómagos, como nuestras propias vidas, cada vez más vacías.

El hambre fue uno de los personajes principales de la postguerra. Se vestía de chaquetas lacias, de mejillas hundidas, de tórax angulosos y estrechos, de pasos lentos y menudos. A más de una persona le crecieron la pupilas, en una mirada rebelde, que se perdía más allá de lo real. De un deses-

perado poema que escribí en aquellos tiempos, recuerdo los primeros versos:

Mundo, cerveza de risas,
beberá nuestra mirada

Los ojos de los seres hambrientos se abrían, desmesurados, sobre los rostros preocupados y silenciosos, por las calles más umbrías y viejas de la ciudad. Detrás de la catedral, en los barrios transitados por marineros y prostitutas, con puertas abiertas de bares mal iluminados, deambulaban los personajes del hambre, alguno verdaderamente grotesco: aquel que recoge con disimulo una colilla, la mujer que acecha en una esquina, el que canta una vieja romanza en el bar, entre las burlas de la clientela, para que lo inviten a un vaso de vino; el mendigo loco, con un abrigo raído, en cuyas solapas ofrece un muestrario de chapas, insignias y medallas sin valor alguno.

Al anochecer, al mismo tiempo que florecían saludos y risas en la calles más céntricas e iluminadas y un militar se cuadraba, con golpe de tacón, para besar la mano de una señorita y el violín flotaba entre el humo cálido y burgués de un café; al anochecer, repito, en las callejuelas que rodean la catedral, en los sucios barrios de menestrales y prostitutas, se oía, a través de una ventanuca cerrada con rejilla de alambre, la tos de un enfermo; dialogaban largamente dos viejas frente a un vaso de vino, sonaban en lo oscuro cercajadas, se escuchaban blasfemias, salía un hombre a escupir a la calle, un joven pálido entraba en la bodega, una mujer se acercaba a un hombre solitario y le ponía las manos sobre el pecho.

Existía también, cómo no, otra hambre elegante y refinada, otra hambre virtuosa y fina, de malta y de cretona, en el seno de algunas familias burguesas. Todavía estas familias saludaban a sus antiguos amigos, asistían alguna vez a una reunión, llamaban por teléfono, sonreían con una taza de malta, algo temblorosa, en la mano. Con sus vestidos sacados de largo, modificados con algún adorno, teñidos o vueltos hábilmente del revés, cambiados de forma, intentaban mantenerse en la apariencia, en un escenario que no era más que sombra del ayer y en el cual la soledad se iba extendiendo, como una mancha de humedad por un muro viejo.

Era tanta el hambre que padecíamos en casa que mi madre optó por darnos la cena a las cuatro de la tarde, ya que

no podíamos resistir el estrago. Esta cena consistía en un pedacito de pan con una sardina en aceite. El hambre enseñó a mi madre a hervir las mondas de las papas, las vainas de las habas, las más despreciables hojas de la col. Incluso llegó a inventar una tortilla sin huevos, hecha con trozos de patata rehogados y aplastados en la sartén.

En mi adolescencia, aquel símil de comida representaba el único poro a través del cual podía aún respirar mi cuerpo, hasta entregarme por completo al sueño, único remedio contra la desesperación y el cansancio, universo puro y gratuito en el que me hundía con los ojos abiertos, interminables noches y días.

LA NIEBLA, EL PÁJARO...

Dentro de la niebla se entrecruzaban formas sigilosas, lentas... El viento las impulsaba suavemente. Se reía, oculto entre las hojas. Las formas seguían avanzando, ledas, hieráticas, con el índice en los labios, anunciando el silencio... Otras formas se deshacían, al choque mudo con las cosas; morían en el aire. Miles y miles de formas avanzaban, fundían sus perfiles, sus brazos, sus manos húmedas y anchas... ¡Oh, pueblo de la niebla! Mirad sus rostros que pasan veloces, aéreos; aquí dos enormes cuencas vacías, una gran boca cavernosa; ésta se abre, se distiende, va a reír lúgubre, inmensamente; pero sus labios —un borde trémulo de nimbo— se ensanchan, se disuelven en el vacío... ¡Oh, pueblo de la niebla, de figuras que se desgarran trágicamente, con gestos angustiados, fantasmales, que recuerdan al que forjó Rodin en su "Puerta del infierno", pueblo humoso y triste, que nace y muere, en el más recóndito silencio!

En los días de niebla, como un pequeño hijo de sus entrañas, venía un pajarillo, dando saltos, a la galería donde reposaban los enfermos. A Teresa le apenaba profundamente verlo. Ella lo llamaba "el pajarillo del hilo".

Llevaba, trabando sus patas, un grueso y sucio hilo. Teresa escuchó cierta vez su historia, pero lo único que recordaba de aquella ocasión era el íntimo reproche, la vergüenza que le diera el saberse humana. ¿Cómo era posible —pensaba— que unos seres, por añadidura enfermos, algunos cerca de la muerte, manifestaran tanta crueldad con un animalillo indefenso y leve, como lo es un pájaro?

Ocurrió que una mañana fría, de lenta y abundosa nevada, el pájaro cayó aterido, arrastrado por el viento, en una de las habitaciones de los enfermos... El pobre animal constituyó aquel día la diversión de todos. Al fin de su martirio y en un paradójico alarde de buena voluntad, los enfermos lo dejaron libre, no sin antes atarle fuertemente sus delgadas y

nerviosas patitas.

Desde entonces, algún que otro día, veían aparecer al pobre pájaro por los alrededores del sanatorio, al pie de los manzanos o entre los claros de la niebla. Y semejaba todo el paisaje hundido y apretado en torno suyo, como si sus alas golpearan en aire de yeso o de humo sólido y cuajado. Y su encadenamiento parecía el encadenamiento del corazón, del universo todo.

La muchacha experimentaba una verdadera angustia al contemplarlo. El pájaro no cantaba. Movía su cabecita nerviosa a todos lados, miraba al cielo, por donde quizá pasara el ave compañera y fugaz... Caminaba a saltos irregulares y absurdos, caía, se levantaba con un gran esfuerzo, buscando por el suelo algún insecto o semilla con que alimentarse.

Y esto era obra del hombre; más aún, del hombre destinado a la muerte en un plazo próximo. Tamaña crueldad la llenaba de vergüenza y de dudas acerca de la condición humana.

Al anochecer, luego de haberse extinguido en el horizonte una gran mancha violeta —la niebla se había disipado— vio llegar al viejo Francisco, el sepulturero, seguido de la mula. Sobre la bestia, apenas si se distinguía el volumen oscuro y largo del ataúd. Según los vericuetos y altibajos de la senda, la mula y el ataúd desaparecían, para volver a asomar sus tétricos perfiles.

Había muerto aquel día Jacinta Ros (Jaci, como solían llamarla las amigas). Era una chica presumidilla, rubia, bonita, que jamás creyó estar enferma. Reía y jugaba con la vida y con la muerte. Olvidaba muy pronto todo cuanto se relacionara con materia de prescripciones y horarios. Salía descalza a la galería, por la noche, y buscaba a sus amigas para contarles chistes y ocurrencias, cuando no fragmentos de historias un tanto románticas y extrañas, en las que no se sabía dónde terminaba la realidad y empezaba la fantasía. Gustaba de secretillos y recados y ponía los ojos en la altura cuando hablaba de Guzmán, su novio.

Todo el verano anterior lo pasó en su compañía, en lo dorado y libre de la playa. Allí se quemó su cuerpo, no sólo con los rayos del sol, sino con besos y caricias que ella ignoraba serían las últimas y, por ello, tan preciadas. Ahora, el

mar de los días había pasado sobre su existencia, como una de las tantas olas que invadieron y acariciaron su cuerpo, en la desnudez alegre del estío... Y quedó su cadáver, pálido y bello, como una flor que se arroja en una orilla.

El sepulturero venía a recogerlo en la última hora de la tarde. El viejo Francisco no hablaba. Allá marcharían, luego de cumplir con su triste servicio, el pobre campesino y la bestia lenta, indiferente, al paso tardo al que la obligaban las desigualdades del terreno y la extraña carga que transportaba.

¿A qué reino desconocido se encaminaría la adolescente víctima, dispuesta en haz de huesos, para siempre, paso a paso entre el halo nocturno y la tristeza infinita de la luz y de las rosas idas?

Frente a ella, desde hacía dos noches, se hallaba la cama vacía. Contemplaba el pequeño lecho, tan blanco, tan limpio, sin ninguna huella. La sábana doblada sobre la cubierta y la almohada recta, sin una arruga.

Definitivamente, un sanatorio era un sanatorio y el mundo era el mundo. Allí quedaban el rumor de las hojas, el cielo, las montañas pardas, azules, malvas, según se desleían en la distancia y en la hora; los caminos polvorientos y solitarios; los senderos imperceptibles bajo las hierbas y la hojarasca caída. El quirófano; el instrumental, limpio y brillante; la blanca sábana que ocultaba un cuerpo.

El mundo era distinto. El mundo eran las luces, las luces polícromas que iluminaban las largas avenidas, las risas, el amor... El mundo era el movimiento, la lucha, algo teñido por aquel profundo misterio que encerraba la vida.

Aquel día y al siguiente habló muy poco con las amigas. Contemplaba, abstraída, el lecho vacío, cercano al suyo, intentando comprender lo absurdo que resultaba querer apresar algo —una figura, una sombra, un nombre—, cuando todo huía, arrastrado por un río invisible...

CRÓNICAS DEL TIEMPO DE LA MONDA

Yo veo, solo, a veces,
ataúdes a vela
zarpar con difuntos pálidos, con mujeres de trenzas muertas,
con panaderos blancos como ángeles,
con niñas pensativas casadas por notarios,
ataúdes subiendo el río vertical de los muertos,
el río morado,
hacia arriba, con las velas hinchadas por el sonido de
la muerte,
hinchadas por el sonido silencioso de la muerte.

NERUDA

1

¿Ve usted aquel espacio poblado de casas nuevas, de bloques aislados y altos, sin un mísero jardín? ¿Ve aquel nuevo barrio, presidido por el campanario mudo de la iglesia? Digo mudo porque no tiene campanas; cuando el cura quiere llamar a misa pone un disco que suena por el altavoz, o una cinta grabada, no sé, y se oye un pálido repicar pueblerino, pero sin la fresca voz del metal. Pues todo aquel terreno era el viejo cementerio de la ciudad, donde dormían su sueño eterno miles y miles de muertos. Lo recuerdo todavía, con sus bardas de piedra, sus estrechas calles de tierra, sus hermosos y altos eucaliptos (aún me parece contemplar cómo la brisa movía sus ramas, bañadas por el último sol del atardecer...). También puedo escuchar los gemidos del viento, en el profundo silencio de la noche... Además de los eucaliptos, había cipreses alineados y crecían la aladierna y el ojaranzo en los rincones invadidos de sombra. De vez en cuando, salía un conejo detrás de una tumba. El viejo cementerio se hallaba, ciertamente, abandonado, pero era un lugar hermoso y tranquilo, donde no se sentía miedo de nada, sino la paz, la inmensa paz en la que todo acaba. Alguna vez y por un trecho de barda caída, un pastor dejaba entrar a su rebaño y las ovejas y cabras se alimentaban, pacientemente, de la hierba jugosa de los muertos. Sólo las miraban desde sus pedestales los ojos de piedra de los próceres bustos y las velaban en su tranquilidad las alas de mármol de los ángeles, las vírgenes de callada piedad, las cruces de los innumerables túmulos y mausoleos. El pastor, vigilando el rebaño, se fumaba un cigarro, gozando de aquella quietud, superior, sin duda, a la de las barrancas y montañas que solía frecuentar.

Alguna tarde llegaba al cementerio una familia, los pasos quedos, caído el rostro, una mujer de luto portando un ramo de crisantemos. Limpiaban el polvo de una lápida,

miraban una y otra vez la inscripción de la misma, depositaban con cuidado las flores en las jardineras, rezaban en silencio, hasta que oían el campanil que anunciaba el cierre del camposanto, al extenderse las primeras sombras de la noche.

Allí podía leerse la historia de toda la humanidad, desde el niño a quien una fiebre maligna había arrebatado tempranamente al cielo, la joven muerta de tisis en un cuarto oscuro, el hombre destrozado en un accidente, las víctimas de alguna hecatombe, revueltas y confundidas en el osario, el muerto que se había arañado el rostro al encontrarse vivo dentro de la ataúd, la mujer asesinada en un rapto de celos, los honrados funcionarios jubilados, los ambiciosos de gloria y de poder, el artista solitario en cuya frente alguien puso un tardío laurel, el político que soñó en mejorar las condiciones de vida del pueblo, el enfermo incurable que, al fin, logró convertir su dolor en unas florecillas amarillas y silvestres, brotadas al lado de su tumba... Gemía el viento en las tardes frías del invierno y este lamento parecía cantar las antiguas historias de todos aquellos seres extinguidos. Cuántas tristezas, cuántos desengaños, cuántos anhelos perdidos en el aire, para siempre... Sin embargo, en las montañas recoletas y cálidas, la luz del sol, el aleteo de las mariposas y el vibrar rítmico de los insectos, semejaban evocar los momentos de pasión y felicidad, aquellas caricias, aquellos besos que se eternizan en la carne, el instante en que un hombre hace suya a la mujer que ama o aquél en que la madre tiene en el regazo a su hijito desnudo y le sonríe.

Cuántas historias podrían leerse en las sencillas lápidas, la mayoría de ellas repetidas, algunas oscura y terriblemente veladas, porque sus protagonistas llevaron a la tumba su secreto: "¡Anita de Jesús! ¡Jesusita! ¡Hija de mi alma!"; entre dos fechas cercanas —5 de agosto de 1886 y 9 de marzo del 1888— aparecía escrito este lacónico comentario: "¡Breve historia!"; en una lápida de mármol y junto a un "¡María!" desgarrado se doblaba una vara de azucenas... Versos románticos, muy siglo diecinueve:

Las lágrimas que brotan de unos ojos
que buscándote giran con anhelo
el alma anegan en el mar de duelo
que cubre mi amargado corazón...

La sorpresa del mundo, créame, sería la hora en que cada muerto dijera su verdad, sin temor alguno, ya conocida la levedad del tiempo, de las cosas que pasan, y se descubriera que la auténtica historia de los seres humanos siempre fue distinta a la que nosotros concebimos. Oh, vendrán los tiempos en que se celebrarán los funerales por todo lo conocido y la gente se expresará en términos sencillos, en una lengua clara y real, y estos tiempos están ya tan próximos que tal vez suenen en estas palabras que le digo. Y se oirán todas las verdades y los seres nacidos en la tierra regresarán a su humildad, a su sencillez irremediable.

El lado mítico y ruinoso de nuestra existencia, el reino sombrío de la muerte, quedó expuesto a los ojos del público durante semanas y meses. Las tumbas fueron abiertas y el polvo y las arañas recibieron la luz diurna que iluminaba los cipreses y los viales desiertos. En un asombrado silencio, sólo turbado por frases dichas en voz baja, los vivos tuvieron ocasión de contemplar a los muertos.

De allí, de la tierra esponjosa y húmeda, surgían restos de ataúdes podridos, calaveras y huesos, en ocasiones cuerpos enteros, extrañamente momificados, seres yacentes cuya forma desafiaba aún a la nada. En parte alguna se les advertía la amarilla ofensa de los huesos y conservaban cierta hermosura espectral y antigua, de sueño muy profundo atravesando las tinieblas y el polvo.

La gente miraba aquellos seres fantasmales, surgidos del pasado y no sabía a qué atribuir aquel aparente estado de incorruptibilidad. Alguien opinaba que aquel hecho se debía a las condiciones del terreno, que, en determinados sitios, era favorable a la conservación de los cadáveres. Lo cierto fue que, en su mayoría, los cadáveres se habían convertido en un amasijo de huesos y aun de huesos sueltos, que surgían, como raíces, de las entrañas de la tierra.

Una mujer yacía enterrada con su hijita, que tenía sobre el vientre y de la cual no quedaban más que restos de pañales con tiras bordadas de encaje. Un joven torero con su capa y estoque —el torero "Minuto"—, también con la batista de la almohada bordada de encaje, muerto la tarde misma de su presentación en la plaza. Ancianos con levita, personajes ilustres con una banda de seda marchita cruzándoles el pecho, bailarinas con sus zapatos puestos, oscuros muertos

de la epidemia del dieciocho, hombres lisiados, madres jóvenes que murieron en su primer parto, confusas y pálidas víctimas del veronal y la fiebre, seres de todas las edades y condiciones, yacían en aquel maremágnum de huesos.

Inevitablemente, a la hora de las sombras, llegaron los buitres. Nadie supo en qué momento empezaron los robos, pero las tumbas fueron saqueadas. Se llevaban las tapas de zinc de los ataúdes, las láminas de plomo, los vasos de porcelana, los floreros, pomos y trozos de verja, anillos que arrancaban de los dedos de los muertos... En una conversación con el sepulturero, una mujer de edad, comentando las costumbres de antaño, aseguró que un familiar suyo había sido enterrado no sólo con sus mejores prendas, sino incluso con una dentadura de oro.

Escuchando la conversación, las manos en los bolsillos y una colilla en los labios, se hallaba el Martín, guitón de oficio, un tipo de los de peor calaña, que tenía más de hiena que de hombre. En cierta ocasión, diole una cuchillada a un pariente suyo, pero no logró más que herirlo, arribabajo y leve. Por no levantar escándalo ni hacer públicos asuntos de una herencia, la víctima se calló lo sucedido, de modo que Martín se libró de ir a la cárcel, lo que sin duda le hubiera valido más, de saber el terrible acontecimiento que iba a vivir en un futuro próximo.

Aquella misma noche, pues, el Martín entró en el cementerio por el extremo que daba al barranco, donde ya no quedaban restos de la tapia, provisto de un saco, un escoplo y una linterna. Orientándose en la oscuridad, como un gato, se dirigió al panteón junto al cual la mujer había conversado con el sepulturero. Estuvo unos minutos escudriñando los alrededores y cuando comprobó que nadie le había visto, procedió a levantar la losa de piedra que cubría la entrada. Una vez realizada esta operación, no sin largos esfuerzos, encendió la linterna y paseó su haz de luz por el lóbrego recinto; había en la pequeña nave cuatro féretros, dos a cada lado; en un rincón, echó a andar un pesado y gran escarabajo y una araña se replegó en sus hilos.

El Martín, aguzando de nuevo el oído y tomando el asunto con filosofía, pensó que con un cigarrillo en la boca no le daría el vaho ni el olor de los muertos y podría así empezar su tarea. Sin pensarlo más, se puso a ella y con relativa suerte,

porque en el segundo de los féretros halló la calavera del hombre con sus dientes de oro.

Pronto se dio cuenta de que no era tan fácil arrancárselos y por temor a que alguien oyera los golpes del escoplo, decidió que lo más oportuno sería escapar con el botín antes de que pudieran sorprenderle. Metió la calavera en el saco, salió del panteón y volvió por el mismo camino que había seguido, extremando toda clase de precauciones.

Al llegar a su casa, escondió el saco en un cuarto trastero y subió sin más demora a su habitación. La mujer lo esperaba con la lamparilla de la mesita de noche encendida.

—¿De dónde vienes a estas horas? —le preguntó, con voz borrosa y cansada.

—¿Y a ti qué te importa? —le respondió Martín.

—¿Has perdido?

—No, esta noche las cartas se me dieron bien.

—Menos mal. ¿A qué hora quieres que te llame mañana?

Martín no contestó. Con los mismos movimientos de todas las noches, sentado en la silla, procedió a desnudarse.

De lo que ocurrió aquella tarde en casa del Martín no nos queda una referencia exacta ni tampoco testigo alguno y si llegó a saberse algo fue únicamente por los delirios que el desgraciado tuvo antes de morir. Por ellos se supo que, al día siguiente del sacrílego robo, tuvo que esperar a que su mujer se marchara a enhebrar la charla en casa de una amiga y que, para distraer la espera, Martín fue libando sorbos de vino de una garrafita que guardaba para ocasiones especiales y aquélla, sin duda alguna, lo era.

Cuando el Martín, pues, vino a quedarse solo, se apresuró a vaciar el saco sobre una vieja mesita de pino y a prevenirse de martillo y escoplo. La calavera y él estuvieron mirándose unos instantes a través de las cuencas vacías y apenas hubo alzado el martillo empezó a escucharse un extraño zumbido en toda la estancia. Paralizó el hombre su gesto y ahiló el oído, para averiguar de dónde provenía; lo curioso era que sonaba, ora próximo, ya distante, pero sin concretarse en el espacio.

Entraba la luz por una ventana encristalada que daba al

patio, velada por una cortinilla de saco. El amenazante son llenaba sus oídos y luego se extinguía en el silencio. Martín descorrió del todo la cortina, pues sus ojos no distinguían con claridad ciertos rincones de la estancia.

Un profundo silencio iba creciendo en toda la casa, dando la sensación de que nada existía fuera de ella. La calavera parecía reír sobre la mesa, burlándose de sus crecientes temores.

Para darse ánimos, el Martín pasó el dorso de su mano por los labios resecos y arreció con nuevos tragos del tinto, diciéndose a sí mismo que nadie podría llamarle cobarde.

Se fue acercando, escoplo en mano, a la calavera y, cuando iba a descargar el primer golpe, nació de nuevo aquel lúgubre sonsón y se hizo más intenso dentro de la cavidad del cráneo.

Terriblemente sorprendido y paralizado de miedo, vio asomarse por una de la órbitas vacías una enorme mosca. Martín dio unos pasos atrás; en alguna parte había leído —o quizás alguien lo comentara en su presencia— que, en los tiempos en que los herejes y endemoniados eran llevados a la hoguera, el mismo Satán escapaba del alma del atormentado convertido en una gruesa mosca.

Y en verdad que era aquella una mosca extraña y hasta podía jurar el Martín, que estuvo en la guerra y pasó horas enteras junto a cadáveres que apestaban, que jamás vio nada parecido. Toda negra y reluciente, con manchas rojas en los ojos, las alas prestas y nerviosas...

De momento, se escuchó de nuevo aquel sonsoneo especial y Martín, instintivamente, se cubrió el rostro con las manos. Entonces la calavera empezó a hablarle, en una lengua solemne y antigua:

Vita hominis transit ut umbre...

Y la voz resonaba grave y armoniosamente.

El crepúsculo había caído sobre la ciudad y en la penumbra azulada del cuarto destacaba la redondez amarillenta de la calavera.

Para no desfallecer del susto, Martín siguió bebiendo, con lo que cobró ánimos e increpó a la calavera con obscenidades y blasfemias.

El muerto reía de una manera realmente provocativa e impúdica, mostrando en sus secas encías los dientes de oro,

que brillaban en el aire oscuro.

Acabada la risa, volvió a tronar aquella voz solemne, de predicador en púlpito, que le hablaba de temas importantes y elevados, sin duda trascendentes, pero de los que el pobre Martín no entendía ni jota.

El desgraciado, ya borracho, le respondía con tacos y frases soeces, asegurándole que lo único que le importaba era el oro de sus dientes y que más le valiera haberse ido al otro mundo sin ellos, para qué tanta ostentación y riqueza, allí donde ninguna le iba a hacer falta, tanto más que dejaba aquí en la tierra a multitud de hermanos en la más extrema pobreza, sin nada que masticar y algunos ni siquiera con qué hacerlo...

Le respondió la calavera en un tono sublime, citando a Dionisio de Tarso, Marco Tulio Cicerón, Quintiliano y la **Institutio Oratoria** y esta vez el acceso de risa le dio al Martín, de manera que se destornillaba y se sujetaba el vientre con las manos, al oír tan altisonante discurso en una boca hueca.

De seguro que aquel diálogo fue uno de las más importantes de la historia, pero el hecho de conocérsele sólo a través del inconexo delirio de un moribundo le resta importancia. No más añadiré que el hombre, ya exasperado y temiendo perder la razón, dio unos furiosos martillazos allí mismo donde surgía la voz, echándole dientes y muelas por el suelo; y ocurrió entonces que la negra moscarda terrorífica salió de las entrañas de la calavera y clavó su aguijón en las propias encías de Martín.

Volviendo al hilo de los hechos, imagínese usted la sorpresa de los deudos, cuando llegados al cementerio y abierta en su presencia la cripta familiar, encontraron descabezado al más ilustre de sus antepasados. Acusaron, como era lógico, al infeliz sepulturero, quien fue detenido por la policía. Sin embargo, unos días más tarde, se presentó el profanador en una joyería, intentando vender parte de la dentadura, cayendo de este estúpido modo en manos de la justicia.

Martín estuvo algunos años en la cárcel y a poco de salir murió, con grandes sufrimientos, figúrese usted, qué casualidad, de un cáncer en la boca.

2

Hay hombres cenicientos, tristes, como un crepúsculo; tienen manos de tierra húmeda; en su frente se alza una vaga montaña hecha de humo. Han nacido para padecer y siempre llevan los bolsillos vacíos. Derrotados en todos los caminos, vuelven, como un perro callado, a la casa donde un amigo les dio pan. Se consuelan oyendo la desdichas de los otros y son de por sí reconcentrados e indolentes, pero sufren cuando un día ponen su esperanza en algo, en un amor, en otra posibilidad de existencia y conforme se aproximan a ella se dan cuenta de que todo cede a su redor y que basta con su sola presencia para convertir el mundo en ruinas. Se trata, quizá, de una cualidad personal y esta clase de hombres llevan en sí la ceniza de todos los fracasos.

La verdad era que mi pobre amigo Ezequiel tenía los ojos de ceniza y casi sin pestañas. Antes de conocer a Nieves apenas bebía y se ganaba más de una peseta en el asunto de los trapos. Se le veía pasar con el bulto a la espalda y la colilla en los labios. Incluso hablaba alguna que otra vez con el cura. Se les hallaba a solas en el descampado; parecían una estampa de una novela antigua, de esas de folletín. Las cosas a veces se quedan fijas y semeja que basta con detenerlas para que adquieran algo de eternidad. Un cuadro, una imagen, un libro, con todas sus letras quietas, por los siglos de los siglos, amén.

Conversaban muchas veces, al atardecer, el pobre Ezequiel y el cura, aunque nunca supe de qué. Tengo por costumbre ser discreto y jamás le fui con inquisiciones ni preguntas. La vida es de cada uno, pienso, y lo mejor es callar.

Ezequiel se afanaba en los negocios de la trapería y tengo para mí que pensaba juntarse con la Nieves y quizá de ello hablara con el párroco. Una noche, por Semana Santa, Ezequiel fue a la iglesia y estuvo largas horas postrado de hinojos, con la gorra en la mano. Como eran los oficios, mucha gente se turnaba en la vela del Santísimo y predicaban, no sólo el cura, sino también hombres y mujeres, alternando las charlas con la lectura de los Evangelios. Y allí permanecía Ezequiel con la cabeza raída, bajo el rostro, la vista en el suelo, el más humilde y desgraciado de todos los hombres. Presumo que Ezequiel no entendía nada de religión y sólo le pedía a Dios

tener una casa y una mujer como la Nieves, vivir como uno más de los seres humanos, en este mundo de sombra y de trabajos.

¿Fuma usted? ¿No? Permítame, pues, que fume un cigarrillo. Sé que es un vicio, un hábito, pero dígame qué hay en la vida que no sea un vicio o un hábito. Solamente he encontrado en los animales una terca perseverancia que me fascina. Recuerdo ahora —déjeme soñar unos instantes— libélulas azules, de alas negras, mariposas blancas, a la orilla de un río. Imagínese el agua temblando, transparente, bajo la luz del sol. Nubes de insectos de largas patas avanzan, en breves saltos y deslizamientos, sobre la superficie del río. Las arañas tejen sus telas entre los juncos y esperan, inmóviles, la caída de una presa. Las telas de la araña son tan finas que, a pesar de formar un tejido bastante compacto, una especie de malla circular, apenas se distinguen. Puede darse el caso de que un hombre pase y arroje una florecilla al agua y que la florecilla quede detenida, prisionera en el aire. La enorme araña aguarda, desde la eternidad. Posee el instinto del cazador y del pescador juntos: ojos avizores y una paciencia sin límites. Muchas de las libélulas quedarían atrapadas en estas sutiles redes si no volaran tan a ras del agua. La paciencia de esta concienzuda araña quizás sea más vieja que la humanidad misma. A esta terca perseverancia me refería. Convendrá conmigo en que el hombre es más débil, más cambiable y enfermizo, casi tan torpe como un insecto.

Pero le seguiré hablando de Ezequiel y de Nieves. La Nieves era morena, gruesa, algo rechoncha, y vivía con su madre y dos hermanos. A uno de ellos, el mayor, era difícil encontrarle. Nadie sabía en qué trabajaba. Alguna noche se le advertía en la puerta, escondido tras la persiana, cuando le lumbreaba el cigarro. Hombre de pocas palabras, de gesto duro, del que ni siquiera pude saber cómo se llamaba. El hermano menor, el Nico, parecía un poco ido de las mientes y llevaba siempre una media sonrisa colgando de los labios, sin que nadie supiera por qué sonreía.

En la taberna de Paco —también he de contarle la historia de este hombre, recuérdemelo— los hombres hacían beber al Nico y le preguntaban las cosas más abyectas.

Una noche contó el chingón, luego del quinto o sexto

vaso de vino, que la hermana le decía, desde la cama, **Ven, ven, Nicomedes, que tengo mucho frío.** Y él iba y se acostaba con ella. **Arrímate, que tengo frío.** Y él la obedecía. La hermana, sin duda aterida, se apretaba contra él y lo tocaba y lo tocaba, hata sus partes más vergonzantes e íntimas. **Ponte ahora encima de mí,** indicaba la Nieves, y el tonto hacía cuanto ella le mandaba... **¿Y qué decía luego tu hermana, qué decía?,** le preguntaban los hombres de la taberna. **No decía nada,** les respondía el mozo, con su media sonrisa, **ponía los ojos en blanco, ansí, ansí, ansí...** Las carcajadas de los hombres resonaban en toda la taberna.

Esta familia provenía de otras tierras, de un pueblecito en el que, actualmente, no quedan más de catorce habitantes. Se lo describiré en cuatro palabras, de modo que pueda usted imaginárselo. Una aldea fantasmal, bajo las ruinas de un castillo; las tapias de un cementerio; un roble añoso y alto, a cuya sombra hay un asnejo atado. Enfrente del cementerio, una ermita grande, umbría, también a punto de derrumbarse. Cuida de ella una anciana de más de novénta años, que camina lentamente. Si le da usted una propina, sacará del enfaldo una enorme llave y le abrirá la puerta rechinante, puesto que hace muchos años no se celebra allí culto alguno, ni siquiera la romería que reunía a los jóvenes de las aldeas próximas.

Dentro de la ermita encontrará usted un Cristo yacente, en una urna; una imagen de la Virgen de los Dolores; un Nazareno con la peluca rala, puesto en un armazón o caballete, a quien el hábito le cae holgado y hueco. Imagínese el caserío, entre las altas sierras, en la cumbre de una montaña, rodeado de hierba seca, rocas y el cerrado cementerio.

La casucha en que vivía la madre de Nieves: cuatro o cinco sillas con almohadones de un color indefinible; al fondo, tras una cortina de saco, un camastro; entre las vigas y el techo encalado, color azulete, unas ramas entrelazadas de cambrón, planta que atrae las moscas al anochecer y las mata. Callecitas pinas, empedradas, estrechas, entre herbazal y ruinas.

La verdad sea dicha, a la Nieves y a sus hermanos nunca se les conoció padre. La gente aseguraba que los tres eran hijos naturales, nacidos de las aventuras de la vieja, que había sido siempre un pendón. Según rumores, esta mujer aban-

donó a su marido y, durante algunos años, se unió a una cuadrilla de gitanos. En época de guerra, dos de estos tipos abusaron de una mujer y luego le cortaron los pechos. Los gitanos se dispersaron y huyeron y ella tuvo que regresar al pueblo. Pero vaya usted a saber la verdad de todo ello. La única verdad de su historia quedaba en sus trapos, en su suciedad, en los engendros que tuvo, especialmente la Nieves y el pequeño.

Cuando Ezequiel se fijó en ella, todavía la gente ignoraba tales cosas. La chica salía a barrer la puerta de su cueva y era sonriente y graciosa. Ezequiel la visitaba y le hacía faenas y recados a la vieja. Un día Ezequiel trajo del campo un ramito de flores silvestres y aquel fue el día más feliz de su vida, porque la Nieves, al tomarlo en sus manos, le dio las gracias diciéndole que era el único hombre en el mundo que se acordaba de ella y hasta llegó a darle un beso, en la despedida.

Cuando hacía cola en el horno, para comprarse un panecillo, las mujeres, siempre zumbonas y maliciosas, le preguntaban si la Nieves era su novia y cuándo pensaban casarse.

—Todas las cosas van por su camino —respondía el trapero— Ahora gano mucho dinero, pero si me colocan, que me ha dicho el cura que me van a colocar, ya verán, ya verán quién es Ezequiel.

—¿Nos invitarás a la boda?

—No, convidaré a churros a todos los chiquillos del barrio, a churros, porque no tengo más dinero.

—¿Y os llevaréis al Nico con vosotros?

—Sí, quiero que me ayude, que me ayude... Deme una barrita de pan blando, que apenas si me quedan muelas para mascar.

—Toma y no me lo pagues —le decía el hornero— Ven mañana, que mi mujer te guarda unos trapos.

—Gracias, gracias.

Y salía al sol de la mañana, llevándose la barrita de pan a la boca y mordiéndola con los pocos dientes que le quedaban.

Por el verano, la Nieves se bañaba en el patio, en una tina desportillada y él y Nico le traían de la fuente varios cubos de agua.

—Ahora marchaos y no miréis —les decía Nieves.
Y el Nico reía.
—Espérate y le verás el culo a mi hermana.
Los dos, riendo, la espiaban detrás de una cortina.

Ezequiel y Nico trabaron una gran amistad y casi siempre hablaban de la chica. Pero Ezequiel ignoraba que últimamente la visitaba todas las noches un chulo, un jugador, tipo cetrino y mal carado, amigo del hermano mayor. No sé si entre los dos hicieron algún pacto, lo cierto fue que el chulo llegaba a las dos o las tres de la madrugada y ella, la Nieves, le abría con cautela la puerta.

Nadie supo nada de estas relaciones, al menos del carácter de estas relaciones, hasta que aconteció lo del niño. Ezequiel venía a verme, con su gabardina llena de manchas, un poco alarmado por los rumores que corrían.

—La Nieves tuvo un hijo —me vi en la obligación de decirle— y lo tiró por la ventana.

—No me lo creo, no me lo creo.

—Así fue, como te lo cuento, se lo encontraron al día siguiente, entre los escombros y basuras...

—Qué bruta la Nieves, qué bruta, no me lo podía figurar...

—Así fue, te lo aseguro.

La Nieves estuvo a punto de morirse y tuvieron que llevársela deprisa y corriendo al Hospital, pues se desangraba. Hubo de responder ante la justicia, pero ella le echó la culpa a su madre. Alguien dijo que se había casado con aquel tipo que la visitaba a escondidas, pero nada de cierto sé, salvo que ya no vive por estos lugares.

Le cuento esta historia para que vea que las cosas que suceden en el mundo se parecen mucho a las novelas y a veces son mucho más trágicas y tremendas, lo que ocurre es que nadie las relata en un libro. Posiblemente, usted y yo formemos parte de otra realidad, de otra historia, que alguien está escribiendo en estos momentos.

Hay circunstancias en la vida de un hombre penosas de atravesar y habría que estar en el interior de ese mismo hombre para poderlas comprender y juzgar. La conducta de Ezequiel, desde que supo lo acaecido a la Nieves, fue cambiando paulatinamente.

Al anochecer, con unos sacos y un perrito, se encaminaba a la parte más abandonada del cementerio y allí se tumbaba bajo un templete que sostenía en lo alto de una cruz con una túnica de piedra, hasta que le daban el frío y la claridad primera del alba. Se levantaba, sacudía los sacos y una media manta, que guardaba en un nicho vacío, hacía sus necesidades en la yerba, se santiguaba y se lanzaba a la calle, seguido del perrito. Poco a poco, dejó el asunto de los trapos; se acostumbró a pedir limosna y comprobó que con unas pesetas al día podía mantenerse. En el bar, siempre encontraba a alguien que le invitara, acaso movido por la lástima, a un chato de vino.

Ezequiel se iba quedando pálido, las mejillas hundidas... Comía lo que podía, lo que le daban, y en ocasiones cumplía algún recado o encargo de personas que no podían moverse de su casa.

Eligiendo sus mejores trapos, confeccionó un muñeco de pañales, que solía llevar al brazo y al que cantaba tristes nanas; cuando se hallaba muy bebido, estampaba al muñeco contra el suelo y maldecía a las mujeres. Comprobó que con tabaco y vino podía pasar días enteros y, en alguna ocasión, con el estómago totalmente vacío, desvariaba.

Ezequiel y el perrito, al anochecer, pasaban camino del viejo cementerio y allí, entre la quietud de los muertos, dormía el hombre su larga borrachera. La gente se le burlaba, los chiquillos le tiraban piedras y Ezequiel blasfemaba de las madres que los habían parido. Todas las mujeres eran putas, decía, todas, todas, hasta la Nieves... Una vez, unos gitanos que le oyeron le dieron una paliza tremenda.

Dando traspiés, salía de la taberna y cuando veía pasar a alguien bien vestido, le pedía una peseta o un cigarrillo. Se lo encontraba uno tumbado en la acera, con el perrito al lado. Por las mañanas, a la salida del sol, subiéndose los pantalones, se le veía vagabundear por el camposanto.

A Ezequiel se lo encontraron yerto, una mañana de marzo, a los pies de una figura de piedra que representaba a la VIRGEN MADRE DE TODOS, en cuyo regazo había depositado su muñeco de trapos, antes de irse al otro mundo.

3

Si hubiera visto usted al mudo, un hombre de complexión recia, algo enano, con cierta apostura al andar, calado el sombrero cordobés y un tanto garboso y rufián, cuando, a las tantas de la noche, volvía de sus chateos de vino y de su juerga y había de pasar frente a la puerta del viejo cementerio...

Se detenía el hombrecillo, miraba a un lado y a otro, hasta convencerse de que nadie le esperaba en la sombra, se persignaba bajo la luz amarillenta del último foco y echaba a andar, ligero de piernas, hasta llegar a su casa en un respiro.

También solía regresar a aquellas horas la Encarna, una mujer casada, vestida de negro —para imaginársela, recuerde el elogio que el Arcipreste hace de la "dona chica", breve y redondeada de miembros, movimiento cadencioso al andar— que se iba a pasar la noche con Paco, el tabernero. (Paco, entonces treintañero y pálido, velludo de tórax, con el gesto tímido y dulce del hambriento, fue a pedirle respetuosamente un préstamo para montar la taberna. La mujer, como buena negociante, quiso ver primero el lugar: eran sólo unos muros blancos entre viejos toneles y enredaderas... Convendría, dijo el hombre, alargar la parra hasta el umbral y poner allí una rústicas mesas y unos bancos de piedra, para que los hombres conversaran y bebieran durante las largas noches del verano. La inteligente mujer comprendió que, aparte el negocio, había algo en aquel hombre y en aquella sugerencia de las largas noches del verano —tan horribles, tan bochornosas, en su casa— que le interesaba profundamente. Y le dio el dinero que necesitaba. Paco, en cierta ocasión, refiriéndose a ella, dijo que, como mujer, era algo "impresionante". Media hora antes había puesto la cena a su marido, advirtiendo a sus hijos a dónde iba, por si algo le ocurría durante la noche y para que no se preocuparan por ella.

Todo el mundo lo sabía y todo el mundo lo encontraba tan natural, desde que la gangrena se le fue llevando las piernas al marido, dejándolo inmóvil en un sillón. Toda la familia comía y había comido siempre del dinero de la mujer, pues allí nadie trabajaba y los hijos temían disgustarla y perder la parte de herencia que les correspondiera. Más de una vez, fueron a pedirle dinero a la taberna y Paco, con una sonrisa zum-

bona, abría, generoso, el cajón, lo que les hizo suponer que el chulo vivía también de la fortuna de la madre. En cierta ocasión, acudió uno de sus hijos para avisarla de que la Encarnita había sufrido un accidente y la mujer dejó el lecho y se vistió rápidamente, lo más deprisa que pudo, ya que el motor del taxi permanecía latiendo en el descampado).

Mosén Ricart era un viejo sacerdote espigado y alto, nutrido de manuscritos y de viejas inscripciones, un poco desmadejado y olvidadizo de tantos ayunos y lecturas. Se lo encontraba uno en el bar, junto a una mesita de mármol, un puñado de cacahuetes, una naranja y un café con leche humeante. Quizá su pensamiento se hallara en aquellos instantes en las orillas del Eufrates o en algún rincón de la Tesalónica o tal vez en el desierto, donde las arenas iban cubriendo los restos del Imperio, meditando en aquel misterioso Árbol de la Vida o en los caracteres de una inscripción casi indescifrable. Los ojillos le relucían bajo la frente seca, nuda y soleada, unos ojillos vivos que siempre miraban a lo lejos, al enigmático pasado de la humanidad.

Mosén Ricart medía casi dos metros de alto y solía ir todas las tardes al cementerio, en busca de alguna lápida esclarecedora o de algún dato para sus inacabables investigaciones, pasando horas y horas en el interior de algún viejo mausoleo. En sus descansos y en unos pliegos de papel de barba, escribía loores a la Patrona de la ciudad, romances y pareados, que luego llevaba a un poeta de la localidad para que le asesorara acerca del número de sílabas, las construcciones estróficas y otras sutilezas del divino menester. Con todo ello, bien podía decirse que Mosén habitaba en una nube y que muy de tarde en tarde descendía a los indignos predios de la realidad y de la tierra.

Entre los clientes de la taberna de Paco se encontraban obreros y también cazadores de conejos, afición esta última que daba de comer a más de un desocupado y acerca de la cual debo antes confiarle ciertos puntos que usted ignora.

En estas casas humildes de los barrios solía haber un patiecillo con geranios, una mata de albahaca, un botijo colgando de un alambre, donde el agua tomaba el relente de la noche hasta transpirar frescura, unos haces de hierba esparcidos por el suelo, el correspondiente conejar y un gallinero

en lo alto o un pintado alcahaz para las palomas. Todas estas cosas no eran más que imágenes del campo sobreviviendo en la ciudad, incluso con su limonero o su higuera, como recordándole, en las dulces ráfagas de aire crepuscular, su humilde origen. El mundo era entonces más sencillo, más leve; incluso algunos carros se detenían en la puerta del corral, sobre un viejo camino de tierra o de arena.

Bien, pues en estos modestos patios y corrales se declaró en aquellos tiempos una epidemia que la gente llamaba "la peste verde" y que diezmó, considerablemente, el número de los lepóridos. A los conejos se les hinchaba la cabeza; los gazapos hacían la caca verde, sin que nadie supiera las causas, poco antes de morir. Cundió el pánico entre los habitantes del barrio y, para evitar un posible contagio, los animales apestados fueron abandonados en el cementerio. Y, oh, milagro de la fiel naturaleza, allí hicieron sus madrigueras y allí sobrevivieron, multiplicándose entre las hierbas y las tumbas. Se les veía salir al sol tibio del mediodía o de las primeras horas de la tarde, ponerse en cuclillas y lamerse las patas pacíficamente. Esta fue la causa de que proliferaran los furtivos cazadores que al anochecer entraban en el campo de las ánimas con sus sacos y sus trampas, buscando remedio al hambre, pues muchos de ellos no tenían oficio ni trabajo alguno. Los amparaba, en cierto modo, el guarda del cementerio de los ingleses, llamado así porque, desde hacía más de medio siglo, se enterraban allí a los protestantes, ateos, suicidas y a cuantos morían fuera de los requisitos legales de la iglesia. Emilio, el guardián, poseía una modesta vivienda y como era muy aficionado a la pesca y amigo de marineros, tendía entre las tumbas cordeles con piezas de bonito y de caballa para que se orearan debidamente, siendo el lugar excelente para tal fin, en opinión de los entendidos.

Aquella tarde, los obreros habían desenterrado un cadáver que se sostenía perfectamente sobre sus altas botas y lo llevaron, con sumo cuidado, a casa de Quico, el pastor, dejándolo allí plantado y con una boina puesta.

Y ocurrió un paso de sainete o de ópera bufa. A un par de novios, umbrosos y pegadizos, ocurrióseles entrar al anochecer en el cementerio, en busca de soledad para sus amorosos escarceos. La novia era reacia y respetuosa con el lugar, pero el hombre la asediaba e insistía, persiguiéndola de un lugar a

otro y sujetándola, al fin, contra un viejo muro. No sabían ellos, cegados por el deseo, que eran observados por unos cuantos cazadores, quienes reían de los vanos intentos del hombre y que, en el momento más inoportuno, empezaron a darles voces desde donde se hallaban escondidos... La pobre chica salió corriendo despavorida por uno de aquellos solitarios y oscuros viales, mientras el chulo, todo enfurecido, corrió en pos de los fantasmas, dispuesto a hacerles pagar caro su atrevimiento; y sucedió que, dando traspiés con los tacones altos de sus zapatos, la desventurada se fue acercando a un lugar que le pareció el más reposado y tranquilo, pensando sofocar allí el ahogo de su corazón en un banquillo de piedra; y he aquí que, apenas sentada, ve surgir a sus espaldas una figura desmesuradamente alta y negra, como de ultratumba; la joven exhala un grito y cae al suelo, como muerta o herida por el rayo. Mosén Ricart, quien acaba de dar fin a una de sus pacientes y misteriosas exploraciones, que sale del panteón como del otro mundo, oye aquel agudo grito y distingue casi al tiempo la sombra de un cuerpo exámine en el suelo, se pone a su vez a dar gritos de auxilio y de socorro, pero con tanta alteración y miedo que sólo unos guturales sonidos le salen chirlando y atropellándosele en los labios resecos.

En tanto, aquel Tenorio enfurecido había empuñado una descomunal navaja y perseguía a los pobres hombres, quienes, al verle en aquel estado y con el arma en la mano, agitando sus sacos como alas de murciélago y tropezando los unos con los otros, echaron a correr como almas en pena, saliendo en tropel por la puerta del cementerio, al tiempo en que el mudo se persignaba delante del último farol; ver todo aquel gentío moviendo en la oscuridad sus brazos y con expresiones de terror en los rostros y salir disparado el mudo todo fue a una, pies para qué os quiero y ancha es Castilla, sin pensar más que en hallar protección y socorro allí donde antes pudiera encontrarlos y encaminándose de esta guisa a la casa del pastor, cuya luz se veía próxima entre los árboles.

Entró, pues, el mudo, todavía levantando polvo tras los pies y se dirigió, en demanda de auxilio, al hombre de la boina, echándose en sus brazos... Pero cuando el mudo miró las cuencas vacías del sujeto y palpó la rigidez de sus miembros y ambos cayeron al suelo con súbito derrumbamiento y

estrépito de huesos, tal fue el terror que se apoderó del individuo que, dando un sordo gemido, quedó temblequeando largo tiempo... Pero lo inaudito del suceso fue que, a partir de aquella noche, el mudo recuperó en parte la facultad del habla, emitiendo un oscuro lamento que a veces resultaba inteligible, mientras la joven desmayada la perdió para siempre, tras el susto que Mosén Ricart le diera, al salir del mausoleo.

Ya ve qué de historias absurdas tuvieron lugar en aquellos tiempos de la monda y no le cuento la del Piyayo, aprendiz de torero, que fue a depositar unas flores a la tumba de su maestro y oyó una voz que le decía: "Vete, Piyayo, vete, que por hacerte caso me ha **cogío** el toro, **mardita** sea tu estampa". "Cállate, **desgraciao** —le respondió el Piyayo, sin poder contenerse—, yo te dije que te cuidaras del pitón izquierdo, no del derecho..."; ni tampoco la del maníaco que esperaba a las chicas tras las tapias del cementerio y las asaltaba en la oscuridad, hasta que el padre de una muchacha la dejó ir adrede, vigilándola con un grupo de amigos y aprehendiendo de este modo al rufián, al que dieron tan soberana paliza que ya jamás en la vida pudo sentir deseos de mujer, pues le estropearon los órganos genitales con una piedra; ni tampoco la historia del panadero que se separó de su mujer, porque ésta hablaba todas las noches con su antiguo novio muerto, al que había visto desenterrar una tarde y por el que repentinamente sintió melancólica añoranza. Tragedias y sucesos que giraban en torno a un sentimiento de debilidad, de frustración, de caducidad, en el ser humano, la más noble y la más indefensa de todas las criaturas, víctima del dolor y de un inalcanzable ideal de felicidad, desde el origen de los tiempos.

4

Beba usted, amigo. El vino aligera el ritmo de la sangre, anuncia la fiesta del verano, libera sus flautas por un espacio de oro. Todos los grandes poetas han cantado la gloria del vino, desde Anacreonte a Verlaine, desde la reina de Lesbos a ese humilde y gran hombre que fue César Vallejo, amigo de los hombres, las desdichas, los pámpanos y los calendarios.

Beba usted, amigo, y olvide esa otra vida obsesionada que hace quietos e inexpresivos sus ojos; los veo, sí, veo los muertos en sus ojos, tal como los vio Neruda:

Yo veo, solo, a veces,
ataúdes a vela
zarpar con difuntos pálidos, con mujeres de trenzas muertas,
con panaderos blancos como ángeles,
con niñas pensativas casadas por notarios,
ataúdes subiendo el río vertical de los muertos,
el río morado,
hacia arriba, con las velas hinchadas por el sonido de
la muerte,
hinchadas por el sonido silencioso de la muerte.

Qué magnífico ese gran poeta, a quien le viene estrecho el idioma, como al genio le suele venir estrecha la existencia, para expresar aquello por lo que vive y alienta. El vino, en este sentido, abre las puertas a todo lo mudo y material, a todo lo exiguo y pobre, y nos invita a cuanto adquiere singular trascendencia. Cuántos hijos del vino ríen por esas calles, concebidos en ese momento en que el vino ilumina la carne de la hembra y se posesiona uno de su mundo de seda, de tan graciosas olas que ni el mar pudiera comprarársele (ni tampoco existe un naufragio tan hondo como el que sigue a la amorosa tormenta...). El vino levanta puentes y discursos, puentes a la amistad y discursos que sobreviven a los siglos, como sobreviven los astros por encima de todas las nubes pasajeras...

Habían crecido en aquel mes de mayo tantos miles y miles de margaritas que el campo se convirtió en una mar niña de blanco y oro, en la que el viento despertaba una especie de grácil y mudo mariposeo y las breves corolas se inclinaban y cabeceaban a cada leve ráfaga... Los pájaros se embriagaban de trinos nadie sabía dónde, aunque se les oía por todas partes, celebrando en la mañana su alegre fiesta sonora. Mayo, pues, soltaba sus cintas como un arroyo de flores y pájaros y, como esa flor lila de los cardos, que corona, tierna y tristemente, la aspereza y rusticidad del campo, allí estaba la niña Avelina, con sus trece años recién cumplidos, sus ojos grises y rasgados, sus pechitos que bailaban, libres y sueltos, a la más pequeña insinuación, carrera o movimiento.

Déjeme que le hable de aquellos tiempos antiguos, de los

remolinos grises que alzan del suelo la ronda de las hojas secas o de las nubes que proyectan sombras moradas sobre las ondas inquietas y huidizas o de un violín que ponía lágrimas en mis ojos, no sé, no quisiera saber, hay algo que nos arrastra al río infinito, es indudable que el silencio gotea desde las tablas de este miserable techo, piense, recuerde, nadie de nosotros es como era antes y hasta los más bellos cuerpos se convierten en sombras. Siempre hay un diálogo de muertos sobre un diálogo de vivos o viceversa, las hojas secas hablan entre ellas, con el viento que las impulsa, el poeta roza una cuerda intocada y vibra el universo.

A nadie importa el que usted y yo seamos unos desconocidos, las miradas giran y giran sobre las verjas, los cipreses, el antiguo jardín abandonado, los blancos e invisibles senos de las muchachas que aman, no se olvide, amigo mío, de dar cuerda a todos los relojes, no sea que alguno vaya a quedarse en el desierto. Yo, que estuve enfermo de amor por la niña Avelina y la cubrí de tanto deseo como las olas del mar... Escúcheme y verá qué historia tan absurda.

Todo empezó un mediodía, cuando la mano del sol jugaba a bajar y subir la cremallera, entre sus pechos breves y redondos y yo escuchaba una lejana música. Sabía que yo la miraba y ella sonreía, mostrándome la fragancia de aquellas islas libres y desiertas. Precisamente era una época aquella en que frecuentaba la compañía de mis amigos, discutía de política, de literatura, de arte, bebía... Regresaba alguna que otra noche a casa lastimosamente derrotado. Pero la sombra y los brazos de mi mujer volvían a acogerme, a darme felicidad y reposo. Gastaba más dinero del necesario, pero nadie reparaba en tales cosas. Mis hijos bromeaban sobre el negocio, diciéndome que últimamente mis clientes devolvían los efectos, lo que era una terrible verdad. Hasta que un día me la encontré llorando, toda pesarosa y acongojada, y me enseñó la desnudez de su espalda, con las huellas recientes.

—Mire, mire, cómo me duelen...

Su padre le había pegado con una gruesa correa y me mostraba las líneas moradas sobre la piel blanca. La consolé, la tuve en mis brazos, hasta que las lágrimas dejaron de fluirle por las pestañas y volvió a mirarme, sonriendo. Pobre y hermosa criatura, dotada de todas las galas femeninas, su padre era un bárbaro, un desalmado, y Dios sabe qué oscuro rencor

lo poseía cuando descargaba su furia sobre aquella tierna y delicada espalda.

Ella buscó refugio en mis ojos compadecidos y amorosos y jamás el demonio había tendido a ningún mortal redes tan misteriosas y finas. Depositó en mí la confianza que no tenía en su padre y venía a verme por la escalera interior del jardín, cuando sabía que me encontraba a solas. Sonriéndome, bajaba la suave cremallera hasta que me notaba turbado, dejaba incluso que yo lo hiciera, lentamente, sin rechazar ninguna de mis caricias. Ya ve usted qué aventura más increíble a mis cuarenta y tantos años, cuando yo todavía conservaba un enorme prestigio social y mi firma avalaba importantes documentos y mis hijos me consideraban como a un hombre perfecto.

Las cosas, sin embargo, no llegaron a mayores escarceos, porque yo luchaba interiormente y sabía muy bien que, en la mente de aquella criatura, una mente obsesionada (el campo se convirtió en mar niña de blanco y oro, en la que el viento despertaba una especie de grácil y mudo mariposeo y las breves corolas se inclinaban y cabeceaban a cada leve ráfaga...) yo era algo así como su padre —novio— amante —Peter Sellers o qué sé yo— a quien buscaba por falta de cariño. Pero yo, fíjese, el teléfono sonando, mañana a las diez, sí, bueno, vete ya, vuelve a tu casa, sí, mandaré el talón el jueves, de acuerdo, conforme. ¿Que Victoria está mala? Qué contrariedad, etc. Esta vida cochina, que nos tiene cogidos por los pelos, figúrese, Victoria enferma de leucemia, quién lo iba a sospechar, el verano pasado en la playa, Victoria tenía unos ojos claros como el mar, pisaba la arena suavemente (Eos de brisa y corazón de pájaros...), su madre la veía caminar desde la sombrilla, Victoria, qué hermosura de cuerpo, qué belleza, una sonrisa como esa golondrina en el cielo de la primavera, figúrese, cáncer en la sangre, hala, vete a casa, no me atormentes más, déjame, un día te verán bajar por esa escalerilla y no podrás excusarte diciendo que querías telefonear, qué bobada, o que te hacía falta un sello o, simplemente, que venías a hojear esos libros tan bonitos, los libros encuadernados de las estanterías; gracias a que la galería es honda y apenas entra la luz del cielo; interior de ciudad, interior de ciudad con palomas y rosas, Dios mío, cuántas complicaciones empezaron a surgir de repente...

Verá usted, un día provocó mi asombro: vi su rostro muy cerca del mío, sus ojos abiertos, su naricilla respingona, dos granitos en su mejilla de adolescente. En sus ojos había algo de avidez, un reflejo sombrío detrás de sus pupilas, ¡me deseaba! Desde aquel día empezó la tragedia; poco a poco, me di cuenta de que había sido un juguete, un capricho, en manos de la pobre niña Avelina. Ah, si lo hubiera sabido todo, yo, tan compasivo, tan piadoso, tan celosamente prendido de los encantos que yo creía abandonados en un ser que sólo alcanzaba la razón y el sentido a ráfagas. Eso no, pensé, todavía no he perdido el juicio, y la consolaba un poco, para luego reñirla y decirle que se fuera a su casa, pues si se enteraba su padre iba a darle otra terrible paliza y ella entonces se echaba a llorar y se empeñaba en desnudarse de nuevo ante mí, para enseñarme las huellas de la correa en su espalda... Al fin, descubrió la gran mentira, la eterna mentira, que yo no era casado ni tenía hijos, la muy ladina, y todas mis defensas cayeron como las piedras de una muralla. Y aquellos jóvenes estudiantes que querían golpearme, uno de ellos empuñó una pistola, el fogonazo cerca de mi rostro, precisamente los mismos estudiantes que se la llevaron una tarde a jugar en la colina, abusando de su inocencia. Y el padre, que puso la denuncia a punto y, a través de todo ello, de toda esta absurda aventura, imagínese a Victoria paseando por la playa, con un bikini negro, pisando la fina arena y sonriéndome. Nunca pude medir la hondura de aquella sonrisa suya, cuando fijaba sus ojos claros en mí y me tendía una mano larga y blanca. Jamás adiviné la tristeza de su gesto y su madre nos contemplaba bajo el parasol naranja y todo era una luz que cegaba, al mediodía, en aquel bello y largo verano.

Yo llegué a declarar, qué absurdo, movido por la piedad y también por el amor, que estaba dispuesto a casarme con aquella pobre criatura y estas desdichadas palabras mías fueron tomadas como confesión de culpa. Y ella, cuando comparecía ante mí, se obstinaba en mostrarme su espalda y empezaba a desnudarse delante de todos.

Fui condenado a satisfacer a la familia una considerable suma; lo más grave de todo, sin embargo, fue el destierro. No conocía a nadie en aquella extraña y solitaria ciudad, el viento y el polvo cegaron mis ojos, sólo podía respirar a través del resquicio de unas tablas viejas y polvorientas, las campa-

nas no se oían ni tampoco ruido alguno, salvo, en el verano, aquel infernal coro de las cigarras, en el aire seco e inmóvil. No tengo idea del tiempo que ha transcurrido, pero creo ya es hora de regresar, amigo y desconocido mío; ya nadie respeta la quietud sagrada de los cementerios; volvamos, pues, a la tierra y al silencio, antes que la luz vuelva a cerrarse, definitivamente, sobre nuestros ojos.

El escritor crea un espacio cerrado y opresivo, las sombras y los sigilos tensan la urdimbre narrativa en la que se mueven trágicamente los personajes, bien trazados y contrapuestos. Impresionismo en la descripción. Teresa Ferrer, la protagonista principal es una mujer joven, plena de belleza y sensualidad, de vigor y fuerza que se consume entre el amor y la pasión. Un erotismo contenido e insinuado impregna a este personaje femenino. Azuar no sólo es un observador minucioso y atento sino un cazador de sensaciones que plasma prodigiosamente. En su obra el mundo sensorial alcanza un lugar importante, y adquiere protagonismo al crear atmósferas envolventes y transidas de misteriosas presencias. La novela está contada por un narrador omnisciente y testigo distanciado dentro de la narración. Un hálito poético palpita en esta Teresa Ferrer, novela bien contada y mejor escrita.

Los cuentos que siguen, especialmente "Huida al infinito", se acercan al expresionismo alemán, haciendo de la juventud un símbolo, algo que será inexorablemente destruido por la guerra, el amor y la droga. Igualmente, en "Crónicas del tiempo de la monda" (Accésit premio Gabriel Sijé, de novela corta, 1978) aprovecha un hecho real y vivido de cerca —la monda de un antiguo cementerio— para adentrarnos en una atmósfera mágica y poética, donde la meditación, la muerte y el amor, alcanzan puntos alucinantes en el breve discurso de cuatro capítulos.

Premios: Finalista del concurso La novela del sábado de Madrid (1954). Premio en el concurso de Revista Ateneo de Madrid, con "Un aire de amor envenenado" (1956); finalista del Planeta y del Ciudad de Barcelona con "Zarzales" (1958) y Premio Café Gijón con "Modorra" (1967).

DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE ALICANTE